

# LECTURAS CLÁSICAS



## CUENTOS DE TOLSTÓI CUENTOS CÉLEBRES

ANTOLOGÍA

IV

# LECTURAS CLÁSICAS



## CONSEJO EDITORIAL

GRUPO PARLAMENTARIO DEL  
PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Dip. TOMÁS BRITO LARA, *Titular*  
*Presidencia*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL  
PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL

Dip. JOSÉ ENRIQUE DOGER GUERRERO, *Titular*  
Dip. ELIGIO CUITLÁHUAC GONZÁLEZ FARIAS, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL  
PARTIDO ACCIÓN NACIONAL

Dip. JUAN PABLO ADAME ALEMÁN, *Titular*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL  
PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO

Dip. RICARDO ASTUDILLO SUÁREZ, *Titular*  
Dip. LAURA XIMENA MARTEL CANTÚ, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL  
PARTIDO DEL TRABAJO

Dip. ALBERTO ANAYA GUTIÉRREZ, *Titular*  
Dip. RICARDO CANTÚ GARZA, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DE  
MOVIMIENTO CIUDADANO

Dip. JOSÉ FRANCISCO CORONATO RODRÍGUEZ, *Titular*  
Dip. FRANCISCO ALFONSO DURAZO MONTAÑO, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL  
PARTIDO NUEVA ALIANZA

Dip. LUIS ANTONIO GONZÁLEZ ROLDÁN, *Titular*  
Dip. JOSÉ ANGELINO CAAMAL MENA, *Suplente*

SECRETARIO GENERAL

Mtro. MAURICIO FARAH GEBARA

SECRETARIO DE SERVICIOS PARLAMENTARIOS

Lic. JUAN CARLOS DELGADILLO SALAS

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA  
CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS MUJERES Y LA EQUIDAD DE GÉNERO  
CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS  
CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA  
CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES PARLAMENTARIAS  
CENTRO DE DOCUMENTACIÓN, INFORMACIÓN Y ANÁLISIS

ÉDGAR PIEDRAGIL GALVÁN  
*Secretario Técnico del Consejo Editorial*

# LECTURAS CLÁSICAS



## CUENTOS DE TOLSTÓI CUENTOS CÉLEBRES

ANTOLOGÍA



LXII LEGISLATURA  
CÁMARA DE DIPUTADOS CONSEJO EDITORIAL

ce

MAPorrúa  
librero-editor·México

MÉXICO

2014

IV

Coceditores	H. Cámara de Diputados, LXII Legislatura Consejo Editorial, Cámara de Diputados Miguel Ángel Porrúa, librero-editor
Edición príncipe	México, 1924 Departamento Editorial de la Secretaría de Educación  © 2013 edición en 2 volúmenes © 2014 edición en 5 volúmenes
Derechos reservados por características tipográficas y de diseño editorial	© 2013-2014 MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor Amargura 4, San Ángel Delegación Álvaro Obregón 01000 México, D.F.
Proyecto y dirección	Miguel Ángel Porrúa
Edición	Aldonza María Porrúa
Textos preliminares	Danner González
Bibliografía	Biblioteca MAP
Diseño	Verónica Santos   Omar Ponce
Cuidado editorial	Gabriela Pardo Mónica Beltrán   Norma García
Arte digital	Moisés Yrizar   Gerardo Cruz   José Luis Martínez
Apoyo técnico	Antonia Peralta   Teresa Santana

Derechos reservados conforme a la ley  
ISBN 978-607-401-845-5 OBRA COMPLETA  
ISBN 978-607-401-848-6 TOMO IV

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de GEMAPORRÚA, en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.





ESTAS LECTURAS



# LA FLECHA EN EL BLANCO

DANNER GONZÁLEZ

*T*oda la historia humana está hecha de relatos: en un principio, alrededor del fuego se contaron aquellas que maravillaron a los hombres y así, inició la tradición oral. Más tarde los hombres idearon la pintura rupestre para que sus hazañas fueran recreadas a los ojos de cuantos las vieran. Poco a poco, en su ambición por ser escuchados, los hombres buscaron otras formas de representación gráfica, sobre materiales de las más diversas índoles hasta que, primero con los glifos y después con la escritura, se abrió el gran paso a la literatura.

Por su particular manera de analizar e interpretar lo humano, entre los mejores contadores de relatos, destacan los rusos. El cubano Leonardo Padura, un poco en broma dijo: “si no entendemos algo de los rusos, siempre parece ser por culpa de su alma”.<sup>1</sup> Y es que los grandes escritores rusos, Niķolái Gógol, Fiódor Dostoyevski, León Tolstói, hurgaron en lo más profundo de las motivaciones del hombre. Leerlos nos confronta hacia

<sup>1</sup>Leonardo Padura, *El hombre que amaba a los perros*, 1a. ed. [4a. reimp.], Tusquets, México, 2013, p. 230.

*nuestros más oscuros demonios: imaginemos frente a nosotros, en lugar de un libro, un espejo que mira al interior de nuestra conciencia.*

*En sus Memorias del subsuelo, Dostoyevski escribió: “Entre nosotros, los rusos, no ha habido nunca románticos sandios por el estilo de los alemanes y, sobre todo, de esos franceses que sueñan con las estrellas [...] Entre nosotros no existen el estado de pureza de esos hombres que sueñan con los astros”.<sup>2</sup>*

*En este volumen, las Lecturas Clásicas recogen Cuentos de Tolstói, quizá los que más cerca están de su ser profético que de su portento narrativo. Tolstói es, con mucho, el más grande de los narradores rusos. Aquí da cuenta de sus preocupaciones morales y de sus creencias religiosas. El lector advertirá, en cuentos como: “En donde está el amor allí está Dios”, “Los melocotones”, “Tres preguntas” o “El perro muerto”, la voz paterna del narrador, reflexionando en historias sencillas sobre los temas de la bondad y el amor de Cristo.*

*En los Cuentos célebres que ocupan la segunda parte del volumen, se recogen algunas de las más famosas narraciones germanas de los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm, del danés Hans Christian Andersen, del irlandés Oscar Wilde y una versión poética de “La bella durmiente”, del francés del siglo XVII, Charles Perrault, escrita por la chilena Gabriela Mistral, quien fuera nombrada maestra de América.*

*Estos cuentos son conocidos popularmente y se han repetido en múltiples versiones: en el cine, en el teatro, en dibujos*

<sup>2</sup>Fiódor Dostoyevski, *Memorias del subsuelo*, Sexto Piso, México, 2013, p. 77.



*animados, pero lo mismo gozará el lector primerizo que quien vuelva a ellos en la madurez de la relectura, que busca atrapar algún significado no advertido con anterioridad. Un buen cuento subsiste en el tiempo y en el espacio, y es capaz de viajar de un lugar a otro por su carácter universal, por su capacidad de mostrar algún aspecto secreto de la existencia o por la forma peculiar en que la historia es contada. Asistimos todos los días al milagro de algún relato, pero sólo persisten en la memoria aquellos que son extraordinarios.*

*Aspirar a entender un cuento es más que hallar su significado. Es seguir atentamente el hilo narrativo, la voz del autor, captar los distractores que se han colocado con un objetivo específico o como mero adorno del relato, advertir los momentos de que está construido, sus planos narrativos, el punto decisivo en el que la narración se inclina hacia algún sitio inesperado. De todos los géneros narrativos, el cuento es el más difícil, porque requiere —ante todo— ser conciso. El uruguayo Horacio Quiroga dijo de el cuento que debía ser “una flecha que cuidadosamente apuntada, parte del arco para ir a dar directamente en el blanco”.<sup>3</sup>*

*Quien busque aquí enseñanzas morales las hallará. Quien acuda al texto por el placer del texto mismo, saldrá igualmente complacido. Ser un lector atento requiere de un proceso formativo que se inicia con la lectura de materiales como los recogidos en estas Lecturas Clásicas. En ese sentido, este volumen*

<sup>3</sup>Horacio Quiroga, “Ante el tribunal”, en *El Hogar*, Buenos Aires, 11 de septiembre de 1930.

*es un libro didáctico y más allá de ello, su lectura es para el goce de los sentidos, para la interiorización de los pensamientos y para confirmar que aquello que ha sido bien narrado, habrá de pasar a la eternidad.*

DG



## TEXTOS PREVIOS



# LECTURAS PARA ENCENDER LA IMAGINACIÓN

DANNER GONZÁLEZ

**A** casi un siglo de distancia, la cruzada educativa de José Vasconcelos sigue siendo la más importante que se haya hecho en México por la claridad de sus objetivos y a pesar del alcance de sus medios. Vasconcelos soñó con una república de hombres y mujeres instruidos. Había nacido en la provincia mexicana y conocía de cerca la miseria de sus paisanos, su analfabetismo y su consecuente pobreza cultural y material. Sabía que el 80 por ciento de la población era iletrada y que la mitad ni siquiera hablaba español. Definió bajo un lema en apariencia simple, los grandes ejes sobre los cuales habría de definirse la política cultural del momento: “Alfabeto, pan y jabón”; revitalizó la Universidad Nacional e impulsó decididamente la Secretaría de Educación Pública y las escuelas rurales, además de influir en innumerables misiones educativas y embajadas culturales.

En los años veinte del siglo pasado, el libro era un objeto cultural “demasiado raro, demasiado caro y demasiado

inaccesible”.<sup>1</sup> Agotada ya la primera década de este nuevo siglo, el libro continúa siendo raro y caro. Este nuevo esfuerzo editorial pretende hacerlo accesible. La única solución a los grandes problemas nacionales sigue siendo la misma que planteó Vasconcelos: educación, educación y más educación.

En el canon propuesto por Vasconcelos para estas *Lecturas Clásicas* en 1924, se agrupan en el primer volumen los fundamentos místicos de la humanidad, el encuentro de los hombres y los dioses: “Los Vedas” y “El Ramayana”, la literatura en sánscrito de Oriente, la vida de Buda, los cuentos y poemas de Tagore, “La Ilíada” y “La Odisea”, las historias bíblicas del “Antiguo” y “Nuevo Testamento”, y en la estructura original de su segundo volumen se incluye, entre otros: “El Cantar del Mío Cid” y “El Quijote”, “El Juglar de Nuestra Señora”, “Tristán e Isolda”, “Parsifal”, “El Rey Lear”, “La tempestad”, “Cuentos de Tolstói”, cuentos de Andersen y los Hermanos Grimm, leyendas americanas y textos históricos sobre Colón, Magallanes, Simón Bolívar, Hidalgo y Morelos, entre otros. Las estampas de Roberto Montenegro y los grabados de Gabriel Fernández Ledesma, además de descansos visuales, son un goce estético para el lector.

La épica o se vive o se lee, pero siempre se aprende a recrearla en la imaginación. No hay cineasta tan grande ni

<sup>1</sup>Claude Fell, *José Vasconcelos: Los años del águila, 1920-1925: educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*, UNAM, México, 1989, p. 479.

producción tan colosal para contarnos con exactitud la majestuosidad del palacio de Aladino o el combate de Áyax y Héctor. En cambio las espadas de los Atridas sonarán con la misma intensidad en nuestros oídos, siempre que visitemos las páginas de las *Lecturas Clásicas*.

Esta es una obra para recrear y sentir deseos de volver a crear el mundo. Cervantes escribió “El Quijote” y al parecer, Salvador Novo fue quien lo adaptó para niños.<sup>2</sup> Luego entonces Novo sería autor de Cervantes, reflejo de Avellaneda,<sup>3</sup> de Cide Hamete Benengeli<sup>4</sup> y del creador de “Pierre Menard, autor de El Quijote”.<sup>5</sup> Es probable que de entre los lectores de estas obras surjan mañana escritores clásicos de los grandes temas de su tiempo. Lo imposible, escribe Borges, es no componer, siquiera una vez “La Odisea”.

Me vincula a estas lecturas un cariño especial, porque fueron los libros de cabecera de mi infancia. Por eso, cuando Miguel Ángel Porrúa me encargó hacer una incitación a la lectura de estos textos me pareció que no podía encargármese tarea más bella y más gratificante. Aquí

<sup>2</sup>Blanca Rodríguez, “El Quijote en las *Lecturas clásicas para niños*”, en María Stoopien (coord.), *Horizonte cultural del Quijote*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2010, p. 303.

<sup>3</sup>A Alonso Fernández de Avellaneda (seudónimo), se le atribuye el segundo tomo de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Tarragona, España, 1614.

<sup>4</sup>Cide Hamete Benengeli (historiador musulmán), personaje creado en el texto de la novela de Cervantes quien afirmaba que ésta había sido escrita, a partir de su capítulo IX, por este personaje. Se trata de un giro literario metaficcional para dar credibilidad al texto. Sostenía que la historia presentaba décadas de antigüedad y que don Quijote fue un personaje real.

<sup>5</sup>Título de un relato escrito por Jorge Luis Borges, mismo que se incluye en su libro *Ficciones*, 1944.

están los pilares de la civilización entera. Esta selección compendia las bases sólidas, reales y ficticias, humanas y divinas, sobre las que la humanidad ha cifrado a lo largo de su historia, sus alegrías y sus miedos, el lamento de sus horrores y sus cantos de esperanza.

En esta nueva edición desaparece el adjetivo “para niños”, porque como deben verse, son lecturas para niños y jóvenes, pero también para hombres y mujeres de todas las edades. Son libros para formar lectores. A pesar del imperio de la imagen en nuestro siglo, tendremos relatos mientras tengamos el beneficio de la palabra en libertad, mientras no nos dejemos esclavizar por el televisor, mientras sigamos entendiendo que los libros son una de las mejores creaciones del alma humana. Allí donde haya un lector, la palabra escrita seguirá encendiendo la imaginación.

Tenemos que devolver a las bibliotecas su carácter formador del espíritu y del lugar donde germinan las ideas que han ordenado y prefigurado por siglos a las sociedades. Que nunca más se les asocie como lugar de aburrimiento, porque allí viven las grandes historias que desatan la imaginación y la creación, estímulos esenciales de la grandeza humana. Que nunca más vuelvan a calificarse como el lugar donde van a morir los libros, sino que vuelvan a ser espacios de alegrías y de consolación de penas, lugar de amor y desamor, morada de héroes y campo de épicas batallas, sitio donde habita la poesía, lugar de rito, anunciación y profecía.

# A GUISA DE PRÓLOGO HARÉ LA HISTORIA DE ESTE LIBRO\*

JOSÉ VASCONCELOS

Todo el que haya comparado nuestro ambiente hispanoamericano y aun español, con la cultura intensa de los países anglosajones, se habrá dado cuenta de lo escaso que son entre nosotros los libros; no tanto por su carestía, sino por lo difícil que comúnmente se hace encontrarlos, entre otras causas porque no existen traducidos a nuestro idioma. De allí que para hacer en nuestra raza, obra de verdadera cultura sea menester comenzar por crear libros, ya sea escribiéndolos, ya sea editándolos, ya traduciéndolos. Un hombre que sólo sepa inglés, que sólo sepa francés, puede enterarse de toda la cultura humana; pero el que sólo sabe español, no puede juzgarse, ya no digo culto, ni siquiera informado de la literatura y el pensamiento del mundo. Y siempre será para nosotros un bochorno tener que aprender lenguas extrañas, no sólo para comunicarnos

\*El texto de José Vasconcelos se refiere a la obra de la cual emana el presente volumen. *Lecturas clásicas para niños*, 2 vols., México, 1924.



con nuestros semejantes, lo cual estaría muy bien, sino aun para conocer el pensamiento del mundo.

Si los gobiernos de nuestros pueblos castizos tuvieran siquiera una noción de los deberes que impone el destino de una raza, si los gobernantes pudieran ver un metro más allá del ruin interés personal y de la corta preocupación del momento; si su patriotismo fuera de verdad un sentimiento elevado de decoro y de amor común, ya hace mucho tiempo que nuestras repúblicas se habrían puesto de acuerdo para establecer una casa editorial enorme, que diera a los 90 millones de hombres de habla española, todos los libros de que hoy carecen, escritos en su lengua y vendidos a mínimo precio. Urge fundar ya que no un gobierno común, por lo menos un Consejo Educativo Cultural, que dirija el pensamiento y el desarrollo espiritual de este pueblo.

Pero ya que éstos son por ahora sueños irrealizables, nosotros resolvimos dedicar atención siquiera a las realizaciones parciales, y reflexionando particularmente en lo que leen los niños en las escuelas primarias, echamos de menos la maravillosa literatura infantil que han creado o traducido los ingleses, adaptándola siempre ingeniosamente a su propio temperamento. En cambio nuestros textos de segundo y tercer año son una prueba lamentable de que apenas copiamos las formas de la cultura, pero sin penetrar su intención. ¿Por qué graduar la lectura en dos y tres libros, si esto está muy bien en inglés, donde cada palabra tiene que ser aprendida ortográficamente, además de

ideológicamente, mientras que en nuestro idioma, quien aprende a leer un buen libro de primer año, ya puede entender cualquiera otra obra escrita? ¿Por qué no se ha visto que estas lecturas graduadas tienen por objeto realizar ejercicios de deletreo (*spelling*), que en nuestro idioma son completamente absurdos? ¡En cambio, no se advierte que los ingleses complementan sus libros de simple ejercicio de lectura con cuentos maravillosos y lecturas de clásicos adaptados a la imaginación infantil! ¿Por qué el niño de México atiborrado de textos ha de carecer, sin embargo, de esa amenidad de información literaria que un niño de habla inglesa adquiere desde el tercer año de su enseñanza?

Tales reflexiones quedaron englobadas hace algunos años en una circular —que pasó inadvertida— la cual recomendaba que se substituyeran los textos mediocres con lecturas originales o adaptadas de *La Iliada* y *La Odisea*, del *Quijote* y el *Romancero*. En honor de la verdad, la circular que menciono quedó sin efecto, no sólo por la indiferencia con que fue acogida, sino porque padecía del vicio tan común a nuestras leyes de mandar hacer las cosas, antes de que existan los medios de ejecutarlas. Sucedió con ella, en menor escala, lo que con nuestra famosa ley de enseñanza obligatoria y con los decretos de algunos generales revolucionarios, que han dictado penas severas contra el que no aprenda a leer; sucede que nadie toma en cuenta todo esto, por la sencilla razón de que no hay escuelas ni libros donde se pueda aprender. Si tuviésemos más sentido de

gobierno, ya desde el 57, a la vez que dictar leyes copiadas sobre enseñanza obligatoria, hubiésemos dedicado algunas de las fincas expropiadas al clero, para formar fondos de enseñanza, antes de permitir que los bienes desamortizados llegasen a constituir fortunas privadas y latifundios que han sido una nueva calamidad social.

Así nos pasó a nosotros con la circular aludida, no pudo permanecer en práctica porque no se hubiese podido encontrar un número suficiente de ejemplares. Al darnos cuenta de ello, pensamos que se podría hacer una gran edición infantil del *Quijote* para regalarla por todo el país, y en efecto, pudimos arreglarnos con una casa española que nos ha vendido 50 mil ejemplares, muy aceptables, a un precio extremadamente bajo.

Así que estuvo en nuestro poder la edición de referencia, el señor doctor Bernardo J. Gastélum, subsecretario de Educación, mandó expedir una nueva circular en la que con mayor acopio de datos se señalaron los defectos de los textos usuales de lectura y la conveniencia de que los niños se instruyesen en los mejores ejemplos de la literatura universal, adaptada convenientemente a sus capacidades.

Esta segunda circular superó a la primera, cuando menos por las resistencias que ha suscitado. Muchos libreros se sintieron lastimados en sus intereses; algunos pedagogos se creyeron postergados; los diarios —con incompleta información sobre el asunto— escribieron, sin embargo, sesudos editoriales, condenando nuestros

proyectos. Finalmente las principales casas editoras interpellan al suscrito en un concurrido banquete. El Estado no debe editar libros, nos dijeron “porque al hacerlo arruina a la industria privada, mediante una competencia desleal”. Los niños no deben leer los clásicos, agregaron, “porque no están al alcance de sus pequeñas inteligencias”.

Repusimos que el Estado tiene el derecho de abaratar el libro y difundirlo, aun cuando por hacerlo se arruinen 20 empresas, pero que en realidad lo que tendría que pasar era que todos aquellos que han aprendido a leer en el millón de libros repartidos por el gobierno tendrían que volverse clientes de los editores, porque tenían que seguir leyendo, y así, lo que hubieren dejado de vender de cartillas de enseñanza, lo recuperarían con creces, con los libros de todo género que un pueblo instruido consume.

Por lo que hace a la lectura escolar, les hicimos ver la petulancia con que nosotros los mayores juzgamos el cerebro infantil. Nuestra propia pereza nos lleva a suponer que el niño no comprende lo que a nosotros nos cuesta esfuerzo; olvidamos que el niño es mucho más despierto y no está embotado por los vicios y apetitos. Tanto es así, agregué, que me atreví a formular la tesis de que todos los niños tienen genio y sólo al llegar a los 16 años nos volvemos tontos. Además, les dije, es menester desechar el temor de los nombres que no se comprenden bien: la palabra CLÁSICO causa alarma; sin embargo, lo clásico es lo que debe servir de modelo, de tipo, lo mejor de una época.

Lo que hoy llamamos genial, será clásico mañana, y lo clásico es lo mejor de todas las épocas. ¿Por qué ha de reservarse eso para los hombres maduros que frecuentemente ya no leen? ¿Y por qué a los niños se les ha de dar la basura del entendimiento únicamente porque nosotros suponemos que no entienden otra cosa?

Sin embargo, todos los problemas sociales, fáciles en la teoría, encuentran escollos a veces insuperables en la práctica. ¿Cómo íbamos a hacer para dar a los maestros los libros cuyo empleo se les recomienda? ¿Dónde están en castellano los bellos cuentos, las adaptaciones de Shakespeare y de Swift, de Grecia y Roma, que andan en las manos de todos los niños ingleses? Hay, es claro, unas cuantas obras, debidas a la reciente actividad de los editores de España; pero no bastan ni por el número, ni por la extensión, ni por el precio.

Se hace menester, por lo mismo, fabricar los libros; así como es necesario construir los edificios de la escuela. Y aquí está el presente libro, creación desinteresada de colaboradores de la Secretaría de Educación Pública, seis nobles ingenios que han puesto su esfuerzo a disposición de los niños de habla castellana.

Quien examine el índice de esta obra advertirá que se trata de una selección respetuosa de toda la literatura universal, depurada sin empequeñecimientos, rica y amena.

Podrá parecer extraño al criterio superficial que se mezclen tesis tan disímiles como el *Aladino* y el *Prometeo*

y la *Historia de Sarmiento* o de *Bolívar*; pero a esto hay que responder que es así la vida de compleja en la apariencia, aunque uniforme en su sentido profundo y alto. En todo caso, se ha observado el único criterio posible en una selección de esta índole, el criterio cronológico combinado con el de calidad.

Se nos ha sugerido que se adicione el volumen con noticias históricas, con reseñas geográficas; nos hemos negado porque no nos propusimos hacer una enciclopedia; quisimos ofrecer a los niños una visión panorámica ordenada en el tiempo, y la enseñanza profunda que sin duda derivarán de sentirse en contacto con los más notables sucesos, los mejores ejemplos y las más bellas ficciones que han producido los hombres.

JV

[*Ciudad de México, 1924*]

# RAZONES PARA LA PRESENTE PUBLICACIÓN\*

BERNARDO J. GASTÉLUM

*El niño posee dentro de sí mismo, cierta potencialidad de desarrollo que le basta por sí sola para ejercitar determinadas adquisiciones mentales; la acción docente, cuando no la respeta, resulta errónea, porque hace artificiosa la enseñanza, ahogando la espontaneidad y mecanizándola. No hay que discutir la utilidad de obras preparadas para facilitar formas especiales de conocimiento, frecuentemente se exagera esta modalidad, produciendo en el espíritu estrechez que lo mantiene dentro de un infantilismo forzado, ya que las materias de enseñanza carecen en sí mismas de la parte estimulante que deben tener para facilitar su aprendizaje.*

*El espíritu que se educa bajo una disciplina fecunda, tiene en todos los instantes de su evolución, en derredor de los conocimientos formados, una penumbra de ideas, hipótesis, etcétera; de aquí su progreso continuo; en cambio, el individuo que sólo lee textos, sabe o no sabe, sin término medio, todo lo aprecia dentro de fórmulas hechas.*

\*Texto tomado de *Lecturas clásicas para niños*, 2 vols., México, 1924.

*La intención de hacer a todas horas obra pedagógica, echa a perder el mejor propósito y es causa fundamental de errores de enseñanza; en tanto que si tiene por condición permanecer siempre accesible y ser constantemente penetrable, los niños la soportan celebrándola, porque ennoblece su espíritu formándoles su gusto literario y artístico. La acción de las lecturas en esta forma, es continua, nunca pierde su interés, ya que cumple con aquel principio de psicología experimental que ha servido de base para grandes innovaciones pedagógicas, “de la penetración de lo parcialmente inteligible”, que debe exigirse a todo el material pedagógico; y no sucederá, como ahora con las lecturas escalonadas, que su acción es momentánea, perdiendo su interés de un día para el otro, no educando por consecuencia y obstruyendo el desarrollo mental del niño; pues los libros exclusivamente para niños, les parece a ellos mismos demasiado pueril lo que contienen, la inteligencia del niño descubre con frecuencia algo que no le agrada en esa afectada simplicidad de los textos, les ocurre exactamente lo que nos pasaría a nosotros con libros que nos fueran hechos para nuestra edad y profesión.*

*Los libros de lectura para escuelas son obras en que falta inspiración, y aunque la tuvieran, por ser hechos por inteligencias eminentes, pierden su carácter por el solo hecho de ser textos, estando, por este motivo, dentro de cierto radio.*

*El idioma español se pronuncia generalmente como se escribe. Desde el momento que el niño después de su primer año de escuela debe dominar los fundamentos de la lectura*



*mecánica, la práctica de continuar obligándolo a que use textos para aprender a leer durante los años sucesivos de escuela, obliga a su espíritu a que se mantenga dentro de cierto plan mental, hecho condenado por las investigaciones psicológicas, en las que se basan los métodos pedagógicos modernos, ya que generalmente esos libros los forman lecturas peptonizadas.*

*La existencia de esos libros tiene su explicación en aquellos países cuyo idioma se escribe en una forma y se pronuncia en otra distinta; pero entre nosotros, ha resultado una imitación servil de los métodos sajones. Por consiguiente, desde el momento que el niño ha cursado su primer año escolar, habiendo aprendido a leer, esta Secretaría considera conveniente, que las prácticas sucesivas de lecturas, en los años posteriores de escuelas, se hagan en ediciones de clásicos apropiadas a su edad, para lo que desde luego se procederá a formar un libro. Estas lecturas, al mismo tiempo que perfeccionarán al niño en este ejercicio mucho mejor que lo hacen los malos textos de lectura usados hasta ahora, servirán manteniendo siempre su interés, para formar su gusto literario y artístico, puesto que desde una edad temprana, habrán estado en contacto con espíritus verdaderamente superiores, no dándose el caso, como sucede ahora, que hay jóvenes que llegan a adquirir un título profesional y en ninguna ocasión de su vida han leído un verdadero libro.*

BJG

[Ciudad de México, 1924]



# CUENTOS DE TOLSTÓI

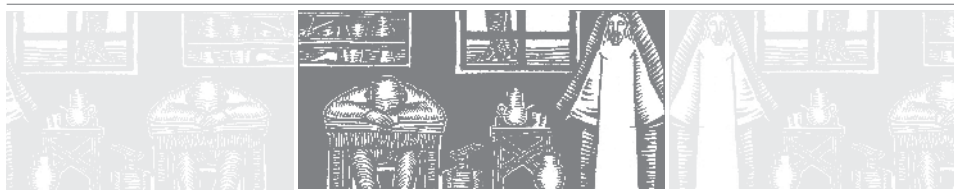




LEÓN TOLSTÓI

EN DONDE ESTÁ EL AMOR,  
ALLÍ ESTÁ DIOS





## EN DONDE ESTÁ EL AMOR, ALLÍ ESTÁ DIOS

Vivía en la ciudad un zapatero llamado Martín Avdieitch, que habitaba en un sótano, una pieza alumbrada por una ventana. Esta ventana daba a la calle, y por ella se veía pasar la gente; y aunque sólo se distinguían los pies de los transeúntes, Martín conocía por el calzado a cuantos cruzaban por allí. Viejo y acreditado en su oficio, era raro que hubiese en la ciudad un par de zapatos que no pasara una o dos veces por su casa, ya para remendarlos con disimuladas piezas, ya para ponerles medias suelas o nuevos tubos. Por esa razón veía con mucha frecuencia, a través de una ventana, la obra de sus manos.

Martín tenía siempre encargos de sobra, porque trabajaba con limpieza, sus materiales eran buenos, no llevaba caro y entregaba la labor confiada a su habilidad el día convenido. Por esa razón era estimado de todos y jamás faltó el trabajo en su taller.

En todas las ocasiones demostró Martín ser un buen hombre; pero al acercarse a la vejez, comenzó a pensar más que nunca

en su alma y en aproximarse a Dios. Cuando aún trabajaba en casa de un patrón, murió su esposa dejándole un hijo de tres años. De los que antes Dios le enviara todos habían muerto.

Al verse solo con su hijito pensó al pronto en enviarle al campo a casa de su hermano, pero se dijo:

—Va a serle muy duro a mi Kapitochka vivir entre extraños; así, pues, quedará conmigo.

Y Avdieitch se despidió de su patrón y se estableció por su cuenta, teniendo consigo a su pequeñuelo. Pero Dios no bendijo en sus hijos a Martín, y cuando el último comenzaba a crecer y a ayudar a su padre, cayó enfermo y al cabo de una semana sucumbió.

Martín enterró a su hijo, y aquella pérdida tan hondo labró en su corazón, que hasta llegó a murmurar de la justicia divina. Se sentía tan desgraciado que con frecuencia pedía al Señor que le quitase la vida, reprochándole no haberle llevado a él, que era viejo, en lugar de su hijo único tan adorado. Hasta cesó de frecuentar la iglesia.

Pero he aquí que un día, hacia la Pascua de Pentecostés, llegó a casa de Avdieitch, un paisano suyo, que desde hacía ocho años recorría el mundo como peregrino. Hablaron, y Martín se quejó amargamente de sus desgracias.

—He perdido hasta el deseo de vivir, decía; sólo pido la muerte, y es todo lo que imploro de Dios, porque no tengo ilusión ninguna en la vida.

El viejo le respondió:

—Haces mal de hablar de esa manera, Martín. No debe el hombre juzgar lo que Dios ha hecho, porque sus móviles están

muy por encima de nuestra inteligencia. El ha decidido que tu hijo muriese y que tú vivas, luego debe ser así, y tu desesperación viene de que quieres vivir para ti, para tu propia felicidad.

—¿Y para qué se vive, sino para eso?, preguntó Avdieitch.

—Hay que vivir por Dios y para Dios—, repuso el viejo. Él es quien da la vida y para Él debes vivir. Cuando comiences a vivir para Él no tendrás penas y todo lo sufrirás pacientemente.

Martín guardó silencio un instante, y después replicó:

—¿Y cómo se vive para Dios?

—Cristo lo ha dicho. ¿Sabes leer? Pues compra el Evangelio y allí lo aprenderás. Ya verás cómo en el libro santo encuentras respuesta a todo cuanto preguntes.

Estas palabras hallaron eco en el corazón de Martín, quien fue aquel mismo día a comprar un Nuevo Testamento, impreso en gruesos caracteres y se puso a leerlo.

El zapatero se proponía leer solamente en los días festivos; pero una vez que hubo comenzado, sintió en el alma tal consuelo, que adquirió la costumbre de leer todos los días algunas páginas. A veces se enfrascaba de tal modo en la lectura, que se consumía todo el petróleo de la lámpara sin que se decidiera a dejar el libro santo de la mano.

Así, pues, leía en él todas las noches; y cuanto más avanzaba en la lectura, más clara cuenta se daba de lo que Dios quería de él y cómo hay que vivir para Dios, y con ello iba penetrando dulcemente la alegría en su alma.

Antes, cuando se iba a acostar, suspiraba y gemía evocando el recuerdo de su hijo; ahora se contentaba con decir:

—¡Gloria a Ti! ¡Gloria a Ti, Señor! Esa ha sido Tu voluntad.

Desde entonces la vida de Avdieitch cambió por completo. Antes se le ocurría, en los días de fiesta, entrar en el traktir<sup>1</sup> a beber té y a veces un vaso de vodka. En otras ocasiones comenzaba a beber con un amigo llegando a salir del traktir, no ebrio, pero sí un poco alegre, lo que le movía a decir simplezas y hasta a insultar a los que hallaba en su camino.

Todo esto desapareció. Su vida se deslizaba actualmente apacible y dichosa. Con las primeras luces del alba se ponía al trabajo, y terminada su tarea, descolgaba su lámpara, la ponía sobre la mesa, y, sacando el libro del estante, lo abría y comenzaba a leer, y cuanto más leía más iba comprendiendo, y una dulce serenidad invadía poco a poco su alma.

Una vez le ocurrió que estuvo leyendo hasta más tarde que de costumbre. Había llegado al Evangelio de San Lucas y vio en el capítulo VI los versículos siguientes:

“Al que te pegue en una mejilla preséntale también la otra, y si alguno te quita la capa no le impidas que tome también la túnica de debajo”.

“Da a todos los que te pidan, y si alguno te quita lo que te pertenece, no se lo exijas”.

“Lo que queráis que os hagan los demás, hacédselo a ellos vosotros”.

Después leyó los versículos en que el Señor dice:

“¿Por qué me llamáis: ¡Señor! ¡Señor! Y no hacéis lo que yo os digo?”.

“Yo os mostraré a quién se parece todo aquel que viene a mí, y que escucha mis palabras y las pone en práctica”.

<sup>1</sup>Traktir: Especie de café-taberna.

“Se asemeja a un hombre que edificó una casa y que habiendo excavado profundamente, asentó los cimientos sobre la roca, y cuando llegó un aluvión, el torrente chocó con violencia contra esta casa, pero no pudo derribarla porque estaba fundada sobre roca”.

“Pero el que escucha Mis palabras y no las pone en práctica, es semejante a un hombre que ha edificado su casa en la tierra, sin cimientos, y el torrente, al dar en ella con violencia, la ha derribado y la ruina ha sido grande”.

Martín leyó estas palabras, y su corazón fue penetrado de alegría. Se quitó las gafas, las dejó sobre el libro, apoyó los codos sobre la mesa y quedó pensativo. Comparó sus propios actos a esas palabras, y dijo:

—¿Estará mi casa fundada sobre roca o sobre arena? Bien estaría si fuera sobre roca. ¡Qué feliz se siente uno cuando se encuentra a solas con su conciencia y ha procedido como Dios manda! En cambio, cuando se distrae de Dios, puede volver a incurrir en el pecado. De todos modos, he de seguir como hasta aquí, porque esto es bueno. ¡Dios me ampare!

Después de haber así pensado, quiso acostarse; pero le apenaba mucho dejar el libro de la mano, y aun comenzó a leer el capítulo séptimo. Allí leyó la historia del centurión y del hijo de la viuda, y la respuesta de Jesús a los discípulos de San Juan. Llegó al pasaje en que el rico fariseo invitó a su casa al Señor, vio cómo la pecadora le ungió los pies y se los lavó con sus lágrimas, y cómo le fueron perdonados sus pecados. Luego en el versículo 44 leyó:

“Entonces, volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? He entrado en tu casa y no me has dado agua para



los pies y ella los ha regado con sus lágrimas y los ha secado con sus cabellos”.

“No me has dado el ósculo de paz, y ella, desde que entró, no ha cesado de besarme los pies”.

“No has ungido con aceite mi cabeza; pero ella ha ungido mis pies con aceite oloroso”.

Leyó este versículo y pensó:

“Tú no me has dado agua para los pies, no me has dado el ósculo de paz, no has ungido con aceite mi cabeza”.

Y Martín, quitándose de nuevo las gafas, dejó el libro y volvió a reflexionar:

“Sin duda —se decía— era como yo aquel fariseo. Yo también he pensado únicamente en mí. Con tal que yo bebiese té, que tuviese lumbre y que no careciese de nada, casi no me acordaba del convidado. Sólo pensaba en mí, y nada en el huésped; y, sin embargo ¿quién era el convidado? ¡El Señor en persona!... Si hubiera venido a mi casa, ¿hubiera yo procedido de esta manera?”.

Y Martín, apoyando los codos sobre la mesa, dejó caer sobre las manos la cabeza y se durmió sin darse cuenta de ello.

—¡Martín! —dijo de pronto una voz a su oído.

—¿Quién está ahí?

Se incorporó, miró hacia la puerta, y no viendo a nadie, volvió a dormirse.

Pero, en el acto, oyó estas palabras:

—¡Martín! ¡Eh Martín! Mira mañana a la calle que yo vendré a verte.

El zapatero, despierto de su sopor, se levantó de la silla y se frotó los ojos. El mismo no sabía si aquellas palabras las había oído en sueños o en realidad.

Al fin apagó la lámpara y se acostó.

Al día siguiente, antes de la aurora, se levantó, rezó su acostumbrada plegaria, encendió su estufa y puso a cocer su sopa y su kacha, hirvió su samovar, se puso el mandil y se sentó al pie de la ventana para comenzar la cotidiana tarea.

Mientras trabajaba no podía apartar de su imaginación lo que la víspera le ocurriera, y no sabía qué pensar: Tanto le parecía que había sido juguete de una ilusión, tanto que en realidad le había hablado.

—Éstas son cosas que suceden en la vida —se dijo.

Martín siguió trabajando, y de vez en cuando miraba por la ventana, y cuando pasaba alguno cuyas botas no conocía, se inclinaba para ver, no sólo los pies, sino la cara del desconocido.

Pasó un *dvornik*<sup>2</sup> con botas de fieltro nuevas, luego un aguador, después un viejo soldado del tiempo de Nicolai, calzado de botas tan viejas como él, ya recompuestas, y provisto de una larga pala.

Se llamaba el soldado Stepanitch, y vivía en casa de un comerciante de la vecindad, que le tenía recogido en consideración a sus años y a su extrema pobreza, y por darle alguna ocupación compatible con su edad, le había encargado de auxiliar al portero.

El viejo soldado se puso a quitar la nieve ante la ventana de Martín. Éste le miró y continuó su tarea.

<sup>2</sup>Dvornik: Portero.

—Soy un necio en pensar de este modo —se dijo el zapatero burlándose de sí mismo. —Es Stepanitch que quita la nieve, y yo me figuro que es Cristo que viene a verme. En verdad estoy divagando, imbécil de mí.

Sin embargo, al cabo de haber dado otros 10 puntos, miró de nuevo por la ventana y vio a Stepanitch que, dejando apoyada la pala contra la pared, descansaba y trataba de calentarse.

—Es muy viejo ese pobre hombre —se dijo Martín. Se ve que no tiene fuerza ya ni para quitar la nieve; tal vez le convendría tomar una taza de té, y justamente tengo aquí mi samovar<sup>3</sup> que va a apagarse.

Al decir esto clavó la lezna en el banquillo, se levantó, puso el samovar sobre la mesa, vertió agua en la tetera y dio unos golpecitos en la ventana. Stepanitch se volvió acercándose a donde le llamaban; el zapatero le hizo la seña y fue a abrir la puerta.

—Ven a calentarte —le dijo— debes tener frío.

—¡Dios nos ampare! Ya lo creo; me duelen los huesos, —respondió Stepanitch.

El viejo entró, sacudió la nieve de sus pies por temor a manchar el pavimento, y sus piernas vacilaron.

—No te tomes el trabajo de limpiarte los pies; yo barreré eso luego; la cosa no tiene importancia. Ven, pues, a sentarte —dijo Martín— y toma un poco de té.

Llenó dos vasos de hirviente infusión y alargó uno a su huésped; después vertió el suyo en el plato y comenzó a soplar para enfriarlo.

<sup>3</sup>Samovar: Especie de tetera rusa.

Stepanitch bebió, volvió el vaso boca abajo, colocó encima el azúcar sobrante y dio las gracias; pero se adivinaba que habría bebido con gusto otro vaso.

—Toma más —dijo Martín llenando de nuevo los vasos.

Mientras bebía, aún continuaba el zapatero mirando hacia la sala.

—¿Esperas a alguno? —preguntó el huésped.

—¿Si espero a alguno? Vergüenza me da decir a quién espero.

No sé si tengo o no razón para esperar, pero hay una palabra que me ha llegado el corazón... ¿Era un sueño? No lo sé. Figúrate, buen amigo, que ayer leía yo el Evangelio de nuestro Padre Jesús; y, ¡cuánto sufrió cuando estaba entre los hombres! Has oído hablar de esto, ¿verdad?

—Sí, he oído decir algo así —respondió Stepanitch—; pero nosotros los ignorantes no sabemos leer.

—Pues bien; estaba leyendo cómo pasó por el mundo Nuestro Señor... y llegué a cuando estuvo en casa del fariseo y éste no salió a Su encuentro... ¡Leía, pues, querido amigo, esto, y luego pensé: “¿Cómo es posible no honrar del mejor modo a nuestro Padre Jesús? Si, por ejemplo, me decía yo, me ocurriese algo parecido, es posible que no supiera cómo honrarle lo bastante; y, sin embargo, el fariseo no le recibió bien”. En esto pensaba cuando me dormí. Y en el momento de dormirme me oí llamar por mi nombre. Me levanto y la voz me parece murmurar: “Espérame que vendré mañana”. Y lo dijo dos veces seguidas... Pues bien, ¿lo creerás? Tengo esa idea metida en la cabeza, y aun cuando yo mismo me burlo de mi credulidad, sigo esperando a nuestro Padre.

Stepanitch movió la cabeza sin responder. Apuró su vaso y le dejó sobre el platillo; pero Martín lo llenó de nuevo.

—Toma más —le dijo— y que te aproveche. Pienso que Él, nuestro Padre Jesús, cuando andaba por el mundo, no rechazó a nadie, y buscaba, sobre todo, a los humildes a cuyas casas iba. Eligió sus discípulos entre los de nuestra clase, pescadores, artesanos como nosotros. “El que se ensalce será humillado, y el que se humille será ensalzado... Me llamáis Señor —dijo— y yo os lavo los pies; el que quiera ser el primero, debe ser el servidor de los demás... Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”.

Stepanitch había olvidado su té. Era un anciano sensible; escuchaba, y las lágrimas corrían a lo largo de sus mejillas.

—Vamos, bebe más —le dijo Martín.

Pero Stepanitch hizo la señal de la cruz, dio las gracias, apartó el vaso y se levantó.

—Te agradezco, Martín —le dijo—, que me hayas tratado de este modo, satisfaciendo al mismo tiempo mi alma y mi cuerpo.

—A tu disposición, y hasta otra vez. Ten presente que me alegra mucho que me vengan a ver —dijo Martín.

Partió Stepanitch, el zapatero acabó de tomar el té que quedaba en su vaso y volvió a sentarse junto a la ventana a trabajar.

Cose, y mientras cose, mira por la ventana y espera a Cristo. Sólo piensa en Él y repasa en su imaginación lo que Él hizo y lo que Él dijo.

Pasaron dos soldados, con botas de ordenanzas el uno, y el otro con botas comunes; luego un noble con sus chanclos de goma, después un panadero con una cesta.

He aquí que, frente a la ventana, aparece una mujer con medias de lana y zapatos de campesina y se arrima a la pared. Martín, inclinándose, mira a través de los cristales y ve a una forastera con un niño en los brazos apoyada en el muro y volviendo la espalda al viento. Trataba de abrigar a su niño, sin lograrlo, porque nada tenía para envolverlo. Aquella mujer a pesar del frío que reinaba, llevaba un traje de verano en bastante mal estado.

Martín, desde la ventana, oyó al niño llorar y a su madre querer tranquilizarle, pero sin lograrlo.

Se levantó, abrió la puerta, salió y gritó en la escalera:

—¡Eh, buena mujer! ¡Eh, buena mujer!

La forastera le oyó y se volvió hacia él.

—¿Por qué te quedas a la intemperie con tu hijo? Ven a mi cuarto y podrás cuidarle mejor... ¡Por aquí, por aquí!

La mujer, sorprendida, ve a un viejo con un mandil y unas gafas que le hace señas de que se aproxime, y obedece.

Baja la escalera y penetra en la habitación.

—Ven acá —dijo el anciano— y siéntate junto a la estufa. Caliéntate y da de mamar al pequeño.

—Es que ya no tengo leche —respondió la mujer—. Es más, desde esta mañana no he probado alimento.

Y, sin embargo, la mujer dio el pecho a su pequeñuelo.

Martín volvió la cabeza, se acercó a la mesa, tomó pan, un tazón, abrió la estufa, en donde hervía la sopa, y sacó un cucharón lleno de kacha; pero como los granos aún no habían cocido lo necesario, vertió solamente la sopa en el tazón y colocó éste sobre la mesa. Cortó el pan, extendió una servilleta y puso un cubierto.

—Siéntate —le dijo— y come, buena mujer. En tanto yo tendré a tu hijo. He sido padre y sé cuidar a los pequeñuelos.

La mujer hizo la señal de la cruz, se puso a la mesa y comió mientras Martín, sentado en su lecho con el niño en brazos, le besaba para tranquilizarle. Como la criatura seguía llorando a pesar de todo, Martín discurrió amenazarle con el dedo que aproximaba y alejaba alternativamente de los labios del niño, pero sin tocarle, porque su mano estaba ennegrecida por la pez, y el pequeño mirando aquello que se movía cerca de su rostro, cesó de gritar y hasta comenzó a reír con gran contento del zapatero.

Mientras restauraba sus fuerzas, la forastera contó quién era y de dónde venía.

—Yo —dijo— soy esposa de un soldado. Hace ocho meses que han hecho partir a mi marido y no tengo noticias de él. Vivía de mi empleo de cocinera cuando di a luz. A causa del niño no me quisieron tener en ninguna parte y hace tres meses que estoy sin colocación. En este tiempo he gastado cuanto tenía, me he ofrecido como nodriza y no me han admitido, diciendo que estoy muy delgada. Entonces he ido a casa de una tendera, donde está colocada nuestra hija mayor, y allí han ofrecido colocarme. Creí que iban a tomarme inmediatamente; pero me han dicho que vuelva la semana entrante... La tendera vive muy lejos, estoy extenuada y mi pobre pequeño también. Por fortuna mi patrona ha tenido compasión de nosotros y nos deja, por amor de Dios, dormir en su casa. Si no, yo no sé que sería de mi hijo y de mí.

Martín suspiró, y dijo:

—¿Y no tienes vestidos de abrigo?

—No. Ayer empeñé por 20 kopeks mi último mantón.

La mujer se acercó al lecho y cogió al niño.

Martín se levantó, y, acercándose a la pared, buscó y halló un viejo caftán.

—¡Toma! —le dijo— es malo, pero siempre servirá para cubrirte.

La forastera miró el caftán, miró al viejo, tomó la prenda y rompió a llorar. Martín volvió el rostro no menos conmovido, fue luego hacia su cama, y sacó de debajo un cofrecito; le abrió, extrajo algo de él y volvió a sentarse enfrente de la pobre mujer.

Esta dijo:

—¡Dios te lo premie, buen hombre! Él, sin duda, me ha traído junto a tu ventana. Sin eso el niño se hubiera helado. Cuando salí hacía calor y ahora ¡qué frío! ¡Qué buena idea te ha inspirado Dios de asomarte a la ventana y tener compasión de nosotros!

Martín sonrió:

—Él ha sido, en efecto, quien me ha inspirado esa idea —dijo—. No miré casualmente por la ventana.

Y contó su sueño a la mujer, diciéndole cómo había oído una voz y cómo el Señor le prometiera venir a su casa aquel mismo día.

—Todo puede ocurrir —repuso la mujer que se levantó, tomó el viejo mantón, envolvió en él al niño, se inclinó y dio las gracias al zapatero.

—Toma en nombre de Dios —dijo éste deslizándole en la mano una moneda de 20 kopeks—, toma esto para desempeñar tu mantón.



La mujer se santiguó: Martín hizo lo propio y luego la acompañó hasta la puerta.

Se fue la forastera.

Después de haber comido la sopa, Martín se volvió a poner a su faena. Mientras manejaba la lezna no perdía de vista la ventana, y cada vez que una sombra se perfilaba, levantaba los ojos para examinar al transeúnte. Pasaban unos que conocía y otros desconocidos; pero éstos nada ofrecían de particular.

De pronto vio detenerse, precisamente frente a su ventana, a una vieja vendedora ambulante, que llevaba en la mano un cestito de manzanas. Pocas quedaban, pues, sin duda, había vendido la mayor parte. Iba, además, cargada con un saco lleno de leña, que debió recoger en los alrededores de alguna fábrica de carbón, y regresaba a su casa. Como el saco la hiciese daño, quiso, a lo que pareció, mudarlo de hombro y lo dejó en el suelo, puso el cesto de manzanas sobre un poyo y comenzó a arreglar los trozos de leña. Mientras la anciana estaba ocupada, un granujilla, venido de no se sabe dónde, y cubierto con una gorra hecha pedazos, robó una manzana del cesto y trató de escapar; mas lo advirtió la mujer, que volviéndose rápidamente, le asió de una manga. El muchacho forcejeó, pero ella le retuvo con ambas manos, le arrancó la gorra y le tiró de los cabellos.

El muchacho gritaba y la vieja se enfurecía cada vez más. Martín, sin perder tiempo ni siquiera en clavar la lezna, la dejó caer al suelo y corrió a la puerta, saliendo con tal prisa que a poco rueda por la escalera; pero las gafas se le caen en el camino. Se precipita a la calle y encuentra a la vieja tirando aún de los

cabellos al pillete, golpeándole sin misericordia y amenazando con entregarle a un guardia.

El muchacho seguía forcejando y negaba su delito.

—Yo no he cogido nada —gritaba—; ¿por qué me pegas?  
¡Déjame!

Martín quiso separarlos. Cogió al muchacho de la mano y dijo:

—¡Déjale, ancianita, perdónale por Dios!

—Voy a perdonarle de modo que se acuerde hasta la próxima.  
¡Voy a llevar a la prevención a este granuja!

Martín suplicó de nuevo:

—Déjale, te digo que no lo volverá a hacer. Déjale en nombre de Dios.

La vieja soltó su presa y el muchacho iba a escapar, pero Martín le retuvo.

—Pide ahora perdón a esta anciana y no vuelvas en lo sucesivo a reincidir, porque yo te he visto coger la manzana.

El pequeñuelo rompió a llorar y pidió perdón entre sollozos.

—Vaya —exclamó Martín—, eso está bien, y ahora toma una manzana que te doy yo.

Y Martín cogió una del cesto y se la dio al muchacho.

—Voy a pagártela, buena mujer —continuó dirigiéndose a la vendedora.

—Mimas demasiado a ese granujilla —dijo la vieja. Lo que le hubiera servido era sentarle las costuras de modo que se hubiera acordado toda la semana.

—¡Eh! ¿Qué es eso? —exclamó el zapatero—, nosotros juzgamos así, pero Dios nos juzga de otro modo. Si hubiera

que azotarle por una manzana ¿qué habría que hacer con nosotros por nuestros pecados?

La vieja guardó silencio.

Martín contó a la anciana la parábola del acreedor que perdonó la deuda y del deudor que quiso matar al que le había favorecido.

La vieja y el muchacho escuchaban.

—Dios nos manda perdonar —prosiguió Martín—, porque de otro modo no seremos perdonados... hay que perdonar a todos y, sobre todo, a los que no saben lo que hacen.

La vieja inclinó la cabeza y suspiró.

—No digo que no —murmuró la vendedora—; pero hay que reconocer que los niños están muy inclinados a hacer el mal.

—Por eso a nosotros los viejos nos corresponde enseñarles el bien.

—Eso es lo que yo digo —repuso la anciana—. He tenido siete hijos y sólo me queda una hija...

Y la vieja se puso a referir que vivía en casa de su hija y cuántos nietos tenía.

—¿Ves —dijo— qué débil soy? Pues a pesar de ello trabajo para mis nietos. ¡Son tan lindos, salen a mi encuentro con tanto cariño! ¿Y mi Aksintjka? Ésa sí que no iría con nadie más que conmigo:

“¡Abuelita —me dice—, querida abuelita!...”.

Y la vieja se enterneció.

—La verdad es que lo ocurrido no ha sido más que una niñería; ¡con que vete y Dios te guarde! —agregó dirigiéndose al chiquillo.

Pero como en aquel instante fuese la anciana a cargar de nuevo el saco sobre sus hombros, el pequeño añadió diciendo:

—Dámelo, viejecita, yo te lo llevaré; precisamente te vas por mi camino.

Y se fueron juntos, olvidándose la vendedora de reclamar a Martín el importe de la manzana, y el zapatero al quedar solo, les miraba alejarse y oía su conversación.

Les siguió un rato con la vista y luego volvió a su casa, encontró sus gafas intactas en la escalera, recogió su lezna y volvió de nuevo a la obra. Trabajó un poco, pero ya no había bastante luz para coser, y vio pasar al empleado que iba a encender los faroles.

—Tengo que encender la lámpara —se dijo.

Prepara su quinqué, le cuelga y continúa el trabajo. Terminada una bota, la examina: estaba bien. Recoge sus herramientas, barre los recortes, descuelga la luz colocándola sobre la mesa y toma del estante el Evangelio.

Quiere abrir el tomo por la página en que había quedado la víspera, pero fue a dar en otra.

Al abrir el libro santo, recordó su sueño del día anterior y sintió que algo se agitaba detrás de él.

Volvióse Martín y vio, o se le figuró al menos, que había alguien en uno de los ángulos de la pieza... Era gente, en efecto, pero no la veía bien. Una voz murmuró a su oído:

—¡Martín! ¡Eh! ¡Martín! ¿Es que no me conoces?

—¡Soy yo! —dijo la voz— ¡Soy yo!

Y era Stepanitch que, surgiendo del oscuro rincón, le sonrió y desapareció esfumándose como una nube.

—¡Soy también yo! —dijo otra voz.

Y del rincón oscuro salió la forastera con el niño: la mujer sonrió, sonrió el niño y ambos se desvanecieron en la sombra.

—¡También soy yo! —exclamó una tercera voz. Y surgió la vieja con el muchacho, el cual llevaba una manzana en la mano.

Ambos sonrieron y se disiparon como los anteriores.

Martín sintió una suprema alegría en su corazón; hizo la señal de la cruz, se caló las gafas y leyó el Evangelio por la página que estaba a la vista:

“Tuve hambre y me diste de comer; tuve sed y me diste de beber; era forastero y me has acogido”.

Y al final de la página:

“Lo que habéis hecho por el más pequeño de mis hermanos es a mí a quien lo habéis hecho” (San Mateo XXV).

Y Martín comprendió que su ensueño era un aviso del cielo; que, en efecto, el Salvador había estado aquel día en su casa, y que era a Él a quien había acogido.





LEÓN TOLSTÓI

# LOS MELOCOTONES





## LOS MELOCOTONES

**E**l campesino Tikhon Kuzmitch, al regresar de la ciudad, llamó a sus hijos.

—Mirad —les dijo— el regalo que el tío Ephim os envía.

Los niños acudieron: el padre deshizo un paquete.

—¡Qué lindas manzanas! —exclamó Vania, muchacho de seis años—. ¡Mira, María, qué rojas son!

—No, probable es que no sean manzanas —dijo Serguey, el hijo mayor—. Mira la corteza, que parece cubierta de vello.

—Son melocotones —dijo el padre—. No habíais visto antes fruta como ésta. El tío Ephim los ha cultivado en su invernadero, porque se dice que los melocotones sólo prosperan en los países cálidos, y que por aquí sólo pueden lograrse en invernaderos.

—¿Y qué es un invernadero? —dijo Volodia, el tercer hijo de Tikhon.

—Un invernadero es una casa cuyas paredes y techo son de vidrio.

El tío Ephim me ha dicho que se construyen de este modo para que el sol pueda calentar las plantas. En invierno, por medio de una estufa especial, se mantiene allí la misma temperatura.

—He ahí para ti, mujer, el melocotón más grande; y estos cuatro para vosotros, hijos míos.

—Bueno —dijo Tikhon, por la noche— ¿Cómo halláis aquella fruta?

—Tiene un gusto tan fino, tan sabroso —dijo Serguey— que quiero plantar el hueso en un tiesto; quizá salga un árbol que se desarrollará en la isba.

—Probablemente serás un gran jardinero; ya piensas en hacer crecer los árboles —añadió el padre.

—Yo —prosiguió el pequeño Vania— hallé tan bueno el melocotón, que he pedido a mamá la mitad del suyo; ¡pero tiré el hueso!

—Tú eres aún muy joven —murmuró el padre.

—Vania tiró el hueso —dijo Vassili, el segundo hijo—; pero yo le recogí y le rompí. Estaba muy duro, y adentro tenía una cosa cuyo sabor se asemejaba al de la nuez, pero más amargo. En cuanto a mi melocotón, lo vendí en 10 kopeks; no podía valer más.

Tikhon movió la cabeza.

—Pronto empiezas a negociar. ¿Quieres ser comerciante? ¡Y tú, Volodia, no dices nada! ¿Por qué? —preguntó Tikhon a su tercer hijo, que permanecía aparte. —¿Tenía buen gusto tu melocotón?

—¡No sé! —respondió Volodia.

—¿Cómo que no lo sabes? —replicó el padre— ¿Acaso no lo comiste?



—Lo he llevado a Gricha —respondió Volodia—. Está enfermo, le conté lo que nos dijiste acerca de la fruta aquella, y no hacía más que contemplar mi melocotón; se lo di, pero él no quería tomarlo; entonces lo dejé junto a él y me marché.

El padre puso una mano sobre la cabeza de aquel niño y dijo:

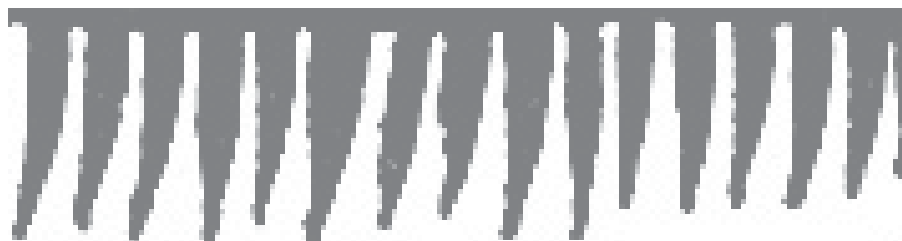
—Dios te lo devolverá.





LEÓN TOLSTÓI

# TRES PREGUNTAS





## TRES PREGUNTAS

Cierta vez hubo un rey que pensó que si él supiera siempre el momento en que es preciso comenzar cada obra, con qué gentes hay que trabajar, con cuáles no y principalmente si supiera siempre que negocio es el más importante, entonces jamás tendría contrariedades.

El rey, después de haber reflexionado, hizo saber por todo su reino que daría una gran recompensa al que le descubriese cómo saber el tiempo oportuno para cada negocio; cuáles son las gentes necesarias, y cómo no equivocarse en la elección de la obra más importante de todas.

Comenzaron a llegar sabios para contestar a aquellas diferentes preguntas.

A la primera de ellas, unos decían que para conocer el tiempo oportuno de cada negocio, es preciso trazarse anticipadamente el empleo del tiempo, del mes y del año y seguirlo estrictamente. Sólo entonces, aseguraban, cada cosa se hace a su tiempo. Otros decían que no se puede decidir previamente qué cosa hay que hacer en determinado tiempo; pero que no hay que darse al

olvido en esparcimientos estériles, sino que hay que estar siempre atento a lo que sucede y hacer entonces lo que el momento exige. Éstos decían que aunque el rey se dedicara a estar atento a lo que sucede, un hombre jamás puede decidir con seguridad cuándo hay que hacer tal o cual cosa, por lo que es preciso tomar el consejo de hombres sabios y, en poder de tal consejo, ver lo que hay que hacer y en qué tiempo.

Aquéllos decían que hay negocios que no dejan tiempo para interrogar consejeros y que es indispensable decidir al instante, si es el momento o no de abordarlos, y que para saberlo, urge saber previamente lo que sucederá, cosa que sólo pueden hacer los magos; de suerte que para conocer el tiempo oportuno de cada negocio hay que interrogar a éstos.

Las contestaciones a la segunda pregunta fueron también opuestas, pues mientras unos decían que los hombres más necesarios a los reyes son los que les ayudan en el gobierno, otros señalaban a los sacerdotes y los terceros decían que los hombres más necesarios a los reyes son los médicos; no, los soldados, afirmaban los cuartos.

A la pregunta tercera: ¿cuál es la obra más importante del mundo? Éstos decían que las ciencias; aquéllos, que el arte militar, y los de más allá que la adoración a Dios.

Vista la divergencia de opiniones, no aceptó el rey ninguna de ellas ni recompensó a nadie; y, a fin de obtener una respuesta categórica a aquellas preguntas, resolvió interrogar a un ermitaño célebre por su sabiduría.

Vivía el tal ermitaño en el bosque, del que no salía jamás y sólo recibía a la gente sencilla, por lo que el rey se vistió con

pobres ropajes y antes de llegar con su séquito a la celda del ermitaño, bajo del caballo y se presentó solo y a pie.

Cuando el rey se aproximó al ermitaño, hallábase éste frente a su celda removiendo un macizo de verdura. Al notar la presencia del rey, le saludó y se puso a cavar de nuevo inmediatamente.

Era el ermitaño flaco y débil. Clavó la pala en la tierra y luego de haber removido el montoncito de tierra, suspiró trabajosamente.

Aproximósele el rey y le dijo:

—Vengo a tu casa, sabio ermitaño, para pedirte respuesta a tres preguntas: ¿Qué tiempo hay que conocer y no dejar escapar para no arrepentirse después? ¿Cuáles son las gentes más necesarias y con quién hay que trabajar más, y con quién menos? ¿Cuáles son las obras más importantes y, por consiguiente, cuál hay que hacer antes de todas las demás?

Escuchó el eremita al rey y no contestó nada.

Escupió en sus manos y se puso de nuevo a remover la tierra.

—Estás cansado —dijo el rey—. Dame la pala, trabajaré por ti.

—Gracias —contestó el eremita, y dándole la pala se sentó en el suelo.

Después de remover dos macizos, detúvose el rey y repitió las preguntas. Nada contestó el ermitaño, que se levantó tendiendo las manos hacia la pala.

—Ahora descansa y yo trabajaré —dijo.

Pero el rey no le dio la pala, sino que continuó cavando.

Transcurrió una hora, después otra, comenzaba el sol a ponerse tras los árboles. El rey, hundiendo la pala en la tierra, dijo:

—Hombre sabio, he venido a tu casa para buscar respuesta a mi pregunta; si quieres contestarme dilo y me iré.

—Espera. ¿No ves alguien que se dirige corriendo aquí? Mira —dijo el eremita.

Volvióse el rey y vio que efectivamente corría del bosque un hombre barbudo que oprimía las manos contra el vientre; por sobre ellas corría la sangre. Cuando el hombre barbudo llegó cerca del rey, cayó por tierra y sin moverse gimió débilmente. El rey, ayudado por el ermitaño, entreabrió los ropajes de aquel hombre.

Tenía en el vientre una gran herida que el rey lavó lo mejor que pudo con su pañuelo y una servilleta, y el ermitaño vendó; pero la sangre no dejaba de salir. El rey cambió varias veces la curación mojada de caliente sangre y de nuevo lavó y vendó la herida. Cuando la sangre se contuvo, el herido recuperó el conocimiento y pidió de beber. El rey trajo agua fresca y le dio de beber. Entretanto el sol se había puesto por completo y el tiempo estaba fresco, por lo que el rey, con ayuda del ermitaño, transportó al hombre barbudo a la celda y le colocó sobre el lecho de aquél. Allí cerró los ojos el herido, y pareció dormirse.

El rey se sentía tan fatigado con la caminata y el trabajo, que sentado en el umbral se durmió también con un sueño tan profundo que durmió toda la corta noche de verano. Llegada la mañana, se despertó y durante largo tiempo no pudo darse cuenta de dónde estaba ni quién era aquel hombre extraño y

barbudo que, acostado en el lecho, le miraba fijamente con sus brillantes ojos.

—Perdóname —dijo con una voz débil el hombre barbudo, en cuanto advirtió que el rey estaba despierto y le miraba.

—No te conozco y no tengo nada que perdonarte —dijo el rey.

—No me conoces, pero yo sí te conozco. Soy tu enemigo, aquel que juró vengarse de ti, porque tú eres mi hermano y me arrebataste todos mis bienes. Como supe que venías solo a visitar al ermitaño, resolví matarte. Quería atacarte cuando regresaras, pero transcurrió el día entero sin que yo te viera. Entonces salí del escondite para saber dónde estabas y caí entre tus compañeros que me reconocieron y me hirieron. Escapé, pero perdiendo mi sangre, y hubiera muerto al no curar tú mi herida. Quería matarte y tú me salvaste la vida. Si ahora sigo vivo y tú lo quieres, te serviré como el más fiel de los esclavos y ordenaré a mis hijos que obren lo mismo que yo. Perdóname.

Sentíase el rey muy dichoso de haberse reconciliado tan fácilmente con un enemigo y de haber hecho un amigo. No tan sólo le perdonó, sino que le prometió devolverle sus bienes y enviar a buscar a sus criados y a su médico.

Una vez que hubo dicho adiós al herido, salió el rey a la puerta para buscar al ermitaño. Antes de dejarlo, quería pedirle por última vez que respondiera a las preguntas que le había hecho.

El ermitaño estaba en el patio en cuclillas y, cerca del macizo removido la víspera, sembrada legumbres.

Aproximóse el rey y le dijo:

—Hombre sabio, por última vez te pido que respondas a mis preguntas.

—Pues si ya te fue dada la respuesta —exclamó el ermitaño sentándose sobre las flacas pantorrillas y viendo de abajo arriba al rey que estaba delante de él.

—¡Cómo! ¿Qué ya obtuve la respuesta? —dijo el rey.

—Ciertamente —repuso el ermitaño—. Si tú no hubieras tenido ayer lástima de mi debilidad ni removido en lugar de mí ese macizo, si te hubieras regresado solo, te habría atacado tu enemigo y tú te arrepentirías de no haberte quedado conmigo. Entonces el tiempo más oportuno era aquel durante el cual tú removías la tierra, y yo era el hombre más importante y la obra más importante era hacerme bien. Y después, cuando el hombre ha acudido, el tiempo más oportuno fue aquel en que le cuidaste, y si no hubieras cuidado su herida hubiera muerto sin reconciliarse contigo. Entonces el hombre más importante era éste y lo que tú has hecho era la obra más importante.

Así, pues, acuérdate de que el tiempo más oportuno es el único inmediato, y es el más importante porque es solamente en tal momento cuando somos los amos de nosotros mismos; y el hombre más necesario es aquel a quien se encuentra en este momento.

Y la obra más importante es la de hacer el bien.







LEÓN TOLSTÓI

# EL PERRO MUERTO





## EL PERRO MUERTO

Jesús llegó una tarde a las puertas de una ciudad e hizo adelantarse a sus discípulos para preparar la cena. Él, impelido al bien y a la caridad, internóse por las calles hasta la plaza del mercado.

Allí vio en un rincón algunas personas agrupadas que contemplaban un objeto en el suelo, y acercóse para ver qué cosa podía llamarles la atención.

Era un perro, atado al cuello por la cuerda que había servido para arrastrarle por el lodo. Jamás cosa más vil, más repugnante, más impura, se había ofrecido a los ojos de los hombres.

Y todos los que estaban en el grupo miraban hacia el suelo con desagrado.

—Esto emponzoña el aire —dijo uno de los presentes.

—Este animal putrefacto estorbará la vía por mucho tiempo —dijo otro.

—Mirad su piel —dijo un tercero— no hay un solo fragmento que pudiera aprovecharse para cortar unas sandalias.

—Y sus orejas —exclamó un cuarto— son asquerosas y están llenas de sangre.

—Habrá sido ahorcado por ladrón —añadió otro.

Jesús les escuchó, y dirigiendo una mirada de compasión al animal inmundo:

—¡Sus dientes son más blancos y hermosos que las perlas! —dijo.

Entonces el pueblo admirado volvióse hacia Él, exclamado:

—¿Quién es éste? ¿Será Jesús de Nazaret? ¡Sólo Él podía encontrar de qué condolerse y hasta algo que alabar en un perro muerto!...

Y todos, avergonzados, siguieron su camino, prosternándose ante el Hijo de Dios.





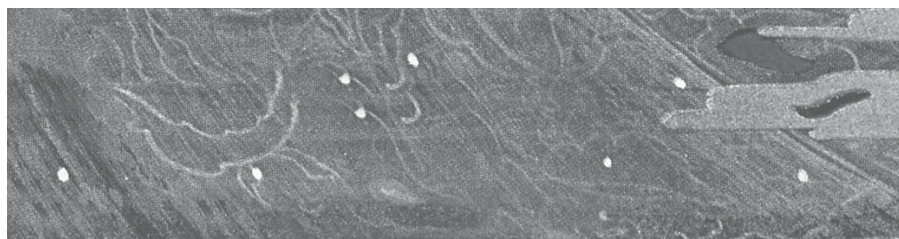
# CUENTOS CÉLEBRES





VERSIÓN POÉTICA DE GABRIELA MISTRAL AL CUENTO DE PERRAULT

# LA BELLA DURMIENTE





## LA BELLA DURMIENTE

**H**ace tantos, tantos años  
que imposible es el contar,  
que a dos reyes nació un día  
una niña divinal.

Era linda, linda como  
si no fuese de verdad;  
era hermosa como un sueño  
que de hermoso hace llorar.

Al bautizo de la Infanta  
el rey quiso convidar  
a las hadas, que reparten,  
como harina, el bien y el mal...  
Siete hadas se sentaron  
al feliz banquete real.  
Cada una de las siete  
entregando fue al entrar

una rara maravilla  
que traía en el morral.  
Y una trajo la armonía,  
otra la felicidad,  
una el don de hacer la danza,  
otra el don de hacerse amar,  
una el de volverse pájaro,  
otra el don de atravesar  
las montañas y los mundos,  
cual la abeja su panal.

En la mesa recibieron  
para hincarlo en su manjar,  
un cubierto de oro puro  
con diamantes de cegar...  
cuando apenas se sentaban,  
golpeó otra comensal:  
era una hada, vieja y fea,  
con hocico de chacal.

Se sentó a la mesa y dijo:  
—“Me olvidásteis como al Mal,  
pero vine aquí a traeros  
la genciana del pesar”.  
“La princesa tendrá todo:  
cielos, naves, tierra y mar,  
pero un día entre sus manos  
con un huso jugará.  
y la dueña de la Tierra

con el huso más banal,  
en el brazo de jazmines  
se dará golpe mortal...”.

Las siete hadas se quedaron  
blancas, blancas de ansiedad;  
tembló el rey como una hierba  
y la reina echó a llorar.

Las macetas sin un viento  
todos vimos deshojar;  
los manteles se rasgaron  
y se puso negro el pan.

Pero un hada que era niña  
levantó su fina voz:  
era un hada pequeñita,  
se llamaba Corazón.

—“Hada fea, turba-fiestas,  
rompedora de canción,  
nos quebraste la alegría,  
y yo quiebro tu traición”.

“La princesa será herida,  
más, por gracia del Señor,  
va a dormirse por 100 años,  
hasta la hora del amor”.

“Para que cuando despierte  
no se llene de terror,  
que se duerma el mundo todo  
al callar su corazón...”.



—

El rey hizo que buscaran  
entre lana y algodón,  
cuantos husos estuvieran  
hila que hila bajo el sol.

Recogieron tantos, tantos,  
que una parva se vio alzar.  
pero se quedó escondido  
el de la Fatalidad.

Fue creciendo la princesa  
más aguda que la sal,  
más graciosa que los vientos  
y tan viva como el mar...

La seguían 100 doncellas  
como sigue al pavo real  
el millón de ojos ardientes  
de su cola sin igual.

La seguían por los ríos  
si bajábase a bañar,  
la seguían cual saetas  
por el aire de cristal...

Ningún huso hilaba lana  
en el reino nunca más.

Uno hilaba en el palacio,  
invisible como el Mal.

---

La princesa una mañana  
en el techo oyó cantar,  
y subió siguiendo el canto,  
y llegando fue al desván.

Una vieja hilaba en suave  
lana blanca, el negro Mal;  
le pidió la niña el huso,  
el de la Fatalidad.

La mordió como una víbora  
en el brazo. Y no fue más...  
La princesa cayó al suelo  
para no volverse a alzar.

Acudió la corte entera  
con rumor como de mar.  
La pusieron en su lecho  
y empezó el maravillar.

---

Se durmió la mesa regia,  
se durmió el pavón real,  
se durmió el jardín intacto,  
con la fuente y el faisán;  
Se durmieron los 100 músicos  
y las arpas y el timbal:  
se durmió la que lo cuenta,  
como piedra y sin soñar...

Al salir de su palacio  
el monarca, se durmió  
todo el bosque palpitante  
extendido alrededor.

—

Y pasaron los 100 años;  
un rey y otro más subió.  
La princesa se hizo cuento,  
como el Pájaro hablador.  
A aquel bosque negro, negro,  
hombre ni ave penetró:  
lo esquivó Caperucita  
santiguándose de horror...

—

Va ahora un príncipe de caza  
(todo rey es cazador).  
Orillando pasa el bosque  
que está mudo como un Dios.  
Se desmonta tembloroso  
y pregúntale a un pastor  
lo que esconde el bosque erguido  
con color de maldición.

Y el pastor le va contando  
embriagado de ficción,  
de la niña que ha 100 años  
en su lecho se durmió.

---

Y entra el príncipe en la selva  
que se entreabre, maternal...

Le detiene un alto muro  
y lo logra derribar;  
le detiene una honda estancia  
de apretada obscuridad;  
atraviesa la honda estancia,  
toca un lecho, y busca más...  
Y detiéndole el prodigio  
de la niña fantasmal.

---

Duerme blanca cual la escarcha  
que se cuaja en el cristal:  
duermen alma y cuerpo en ella:  
derramada está la paz  
en las sienas sin latido,  
en la trenza sin tocar,  
y en el párpado que cae,  
puro sueño y suavidad...

Y él se inclina hacia el semblante  
(ya ni puede respirar).  
Y su boca besa la otra,  
pálida de eternidad,  
y las rosas de la vida  
entreabriendo suaves van...

Y los párpados se alzan,  
¡qué pesados de soñar!  
y los labios desabrochan  
y diciendo lentos van:  
—¿Por qué tanto te tardaste,  
¡oh mi príncipe! en llegar?

Con el beso despertándose  
el palacio entero está:  
se despierta la marmita  
y comienza a gluglutar;  
se despierta y va extendiendo  
su abanico el pavo real;  
se despiertan las macetas  
con un blando cabecear;  
se despiertan los corceles,  
se les oye relinchar  
y se uncen anhelantes  
a carrozas de metal;  
se despierta en torno el bosque,  
como se despierta el mar;  
se despiertan los 100 guardias,  
y comienzan a llegar  
las doncellas junto al lecho  
con el ruido sin igual  
con que gritan las gaviotas  
cuando empieza a alborear...

—

La princesa le da al príncipe  
de 100 años el amar,  
las miradas de 100 años,  
anchas de felicidad.

Y la mira y mira, el príncipe,  
y no quiere más cerrar  
sus dos ojos sobre el sueño  
que se puede disipar.

Y las fiestas siguen, siguen;  
son como una eternidad,  
y ni ríndense las harpas,  
y ni rómpese el timbal...





ANÓNIMO

# LA PRINCESA DE LOS CABELLOS DE ORO

TRADUCCIÓN DE E. DÍEZ CANEDO





## LA PRINCESA DE LOS CABELLOS DE ORO

**H**ubo una vez, en tiempos lejanos, una princesa muy linda, a quien todos llamaban la Hermosa de los Cabellos de Oro, porque sus cabellos eran más finos que el oro, maravillosamente rubios y al soltarse, le caían hasta tocarle los pies.

Hubo un rey mozo, en un reino vecino, que no se había casado aún, y era rico y de noble presencia. A sus oídos llegó cuanto se decía de la Hermosa de los Cabellos de Oro, y en el punto mismo, sin verla, de tal modo se enamoró, que fue perdiendo el apetito, y no quería llevarse a la boca manjar ni bebida. Resolvió, pues, enviar embajadores que la pidiesen en matrimonio. Mandó construir una carroza magnífica para su enviado, le dio más de 100 caballos, y le encomendó con mucho ahínco la misión de traerle a la princesa.

En cuanto el embajador se hubo despedido del rey, poniéndose en marcha, no hubo más conversación en la Corte, y el rey, sin temor de que la Hermosa de los Cabellos de Oro no consintiese en lo que él deseaba, mandó que se le hicieran desde luego ricos vestidos y muebles maravillosos. En tanto que los



obreros trabajaban, el embajador, llegando a casa de la Hermosa de los Cabellos de Oro, hizo brevemente la petición; pero, ya fuese porque no estaba ella de humor aquel día, ya porque no le agradasen del todo los cumplidos que se le dirigieron, contestó al embajador que diese las gracias al rey, pero que no tenía gana ninguna de casarse.

Tuvo que marcharse el embajador, de la Corte de la princesa, muy triste por no haber logrado convencerla, y volvió a llevarse consigo todos los regalos que de parte del rey le llevaba.

Cuando llegó a la capital de su reino, en donde le esperaban con tanta impaciencia, todos se afligieron al verle volver sin la Hermosa de los Cabellos de Oro, y el rey se echó a llorar como un chiquillo.

Había un mancebo en la Corte, guapo como un sol; nadie más gallardo que él en todo el reino. Por su buena gracia y su ingenio, llamábanle Galán. Todos le querían, excepto algunos envidiosos, molestos porque el rey le favorecía y se confiaba a él en toda clase de asuntos.

Encontróse Galán con algunos que hablaban de la vuelta del embajador, diciendo que nada importante había hecho, y sin reparar en sus palabras, exclamó: “Si el rey me hubiera enviado cerca de la Hermosa de los Cabellos de Oro, seguro estoy de que la hubiese traído”.

Aquella gente malvada se fue en seguida al rey con el cuento: “Señor, ¿no sabe Vuestra Majestad lo que Galán va diciendo? Que si le hubiéseis enviado cerca de la Hermosa de los Cabellos de Oro, él os la hubiera traído. Ved si tiene malicia: se las da de ser más hermoso que vos, e insinúa que

tanto le hubiese querido ella, que le habría seguido a cualquier parte”.

Montó en cólera el rey al oírlo, y tanto se encolerizó, que se puso fuera de sí. “¡Con que ese lindo mozalbete se burla de mi desgracia y se cree más hermoso que yo! ¡Pues, ea: que le encierren en mi torre más alta, y muérase allí de hambre!”.

Los guardias del rey fueron a casa de Galán, que ni se acordaba ya de lo que había dicho; le arrastraron a la prisión y le hicieron pasar mil sufrimientos. No tenía el pobre más que un poco de paja para tenderse, y hubiera perecido, a no ser por una fuentecilla que manaba al pie de la torre, y en la que podía beber un sorbo para refrescarse, porque el hambre le dejaba seca la boca.

Un día, sin poder ya más, exclamó suspirando: “¿Qué tiene el rey contra mí? No hay súbdito que le sea más fiel que yo, y nunca le he ofendido”. Pasaba el rey, por casualidad, junto a la torre, y en cuanto hubo oído la voz de aquel a quien tanto quería en otro tiempo, se detuvo a escucharla, contra el deseo de los que iban con él, todos los cuales aborrecían a Galán, y decían al rey: “Señor, ¿a qué os paráis? ¿No sabéis que es un pillo?”. El rey contestó: “Dejadme que lo oiga”. Y oído que hubo sus quejas, los ojos se le llenaron de lágrimas, abrió la puerta de la torre y le llamó.

Galán, como la imagen de la tristeza, se echó a sus pies y se los besó.

—¿Qué os hice, señor, para que me tratéis tan duramente?

—Te has burlado de mí y de mi embajador —dijo el rey—. Has dicho que si yo te hubiese enviado cerca de la Hermosa de los Cabellos de Oro, la hubieras traído contigo.

—Cierto es, señor —repuso Galán—, que tan bien le hubiese dado a conocer vuestras altas prendas, que no hubiera podido resistir; seguro estoy de ello. En lo cual nada he dicho que no pueda seros agradable.

El rey comprendió que, en efecto, ninguna culpa tenía; miró con ojos aviesos a los que tan mal le habían hablado de su favorito, y se llevó consigo a éste, muy arrepentido del daño que le había hecho.

Después de haberle invitado a comer, le llamó a su gabinete y le dijo:

—Galán, sigo enamorado de la Hermosa de los Cabellos de Oro; su negativa no me ha hecho desistir de mis deseos: mas no sé cómo arreglármelas para que consienta en casarse conmigo, y animado estoy a enviarte para ver si tú lo consigues.

Galán replicó que estaba dispuesto a obedecerle en todo, y que podría salir al día siguiente.

—¡Oh! —dijo el rey—. Quiero que llesves un gran acompañamiento.

—No es necesario —le contestó—; sólo necesito un buen caballo y cartas vuestras.

Abrazóle el rey, maravillado de que tan pronto se hallase dispuesto.

Al siguiente día, cuando acababa de ponerse en camino muy de mañanita, al cruzar una vasta pradera se le ocurrió un pensamiento precioso: echó pie a tierra y se fue a sentar entre unos sauces y unos chopos plantados a lo largo de un arroyuelo que corría bordeando la pradería.

Luego que escribió, se puso a mirar a un lado y a otro, encantado de hallarse en tan apacible lugar. De pronto vio tendida en la hierba una carpa dorada muy grande, que abría la boca con la mayor angustia, porque, empeñada en atrapar unos mosquitos, dio del agua un salto tan grande que fue a caer sobre la hierba, en donde se hallaba medio muerta. Apiadóse de ella Galán, y aunque era día de vigilia y podía llevársela para el almuerzo, la cogió y la dejó con cuidado en el arroyo. En cuanto la carpa sintió la frescura del agua empezó a dar muestras de regocijo y se escurrió hasta el fondo: volvió a subir luego, con toda presteza, a la orilla del río, y habló así: “Galán, te doy las gracias por el favor que acabas de hacerme. A no ser por tu ayuda, me hubiese muerto; pero me salvaste y algún día te lo pagaré”.

Otro día, prosiguiendo su viaje, vio un cuervo en grave apuro: un águila enorme (gran comedora de cuervos) perseguía al pobre pajaraco y a punto estaba de alcanzarlo para tragárselo. Galán, movido a lástima por la desventura del cuervo, pensó: “Así los más fuertes oprimen a los más débiles: ¿con qué derecho el águila ha de comerse al cuervo?”. Empuña el arco que lleva siempre consigo, toma una flecha, y apuntando bien al águila, ¡chas!, le dispara la flecha y la deja atravesada de parte a parte. Cae muerta, y el cuervo va a posarse en un árbol. “Galán —le dice—; muy generoso te mostraste al socorrerme, siendo así que no soy más que un miserable cuervo; pero no he de ser ingrato y algún día te lo pagaré”.

Admiró Galán el claro juicio del cuervo, y siguió su camino. Al entrar en un espeso bosque, tan de mañana que apenas veía

lo necesario para no extraviarse, oyó el grito desesperado de un búho. “¡Hola! —se dijo—, ese búho está en un aprieto: ¿a que se ha dejado coger en alguna red?”. Buscó por todos lados, y halló por fin unas grandes redes de las que los pajareros ponen de noche para cazar pájaros. “¡Qué lástima! —dijo—; ilos hombres no hacen más que darse tormento unos a otros o perseguir a los pobres animales que no les causan mal ni daño!”. Tiró del cuchillo y cortó las cuerdas. El búho levantó el vuelo; pero volviendo con una aletada: “Galán —dijo—, no necesito expresarte en una larga arenga la gratitud que te guardo, para que te des cuenta de ello. Bien claro se ve. Los cazadores están a punto de llegar, y a no ser por tu auxilio, me cogen y me matan. Mi pecho es agradecido, y algún día te lo pagaré”.

Tales fueron las tres aventuras más importantes que le ocurrieron a Galán en el camino. Tanta prisa tenía de llegar, que no tardó en dirigirse al palacio de la Hermosa de los Cabellos de Oro. Púsose un traje de brocado, plumas rojas y blancas; se peinó, se polveó y se lavó la cara; se echó al cuello una rica banda llena de bordados, con una cestita, y dentro de ella un perrito que había comprado al pasar por Bolonia. Tan gallardo y amable era Galán, y con tan buena gracia lo hacía todo, que cuando se presentó a la puerta del palacio, todos los guardias le hicieron una gran reverencia, y corrieron a decir a la Hermosa de los Cabellos de Oro que Galán, embajador del rey vecino suyo más inmediato, deseaba verla. No bien hubo oído el nombre de Galán, dijo la princesa:

—Vaya un nombre bien puesto; apostarí a que el que lo lleva es guapo de veras y tiene el don de agradar a todos.

—Cierto que sí, señora —dijéronle sus doncellas de honor—: desde el desván le vimos cuando estábamos guardando allí nuestros hilados, y mientras ha permanecido bajo aquellas ventanas, no hemos podido seguir la tarea.

—Bueno— replicó la Hermosa de los Cabellos de Oro—: tráigaseme mi vestido de gala, el que es de raso azul bordado, y ahuecadme bien los cabellos; háganseme guirnaldas de flores nuevas; dénseme los zapatos de alto tacón, el abanico, y bárranse mi cámara y mi trono; pues quiero que por todas partes vaya diciendo que en verdad soy la Hermosa de los Cabellos de Oro.

Condujeron a Galán al salón de audiencia, y tal admiración hubo de entrarle, que como después ha declarado mil veces, casi no podía hablar; cobró ánimo, no obstante, y pronunció a maravilla su perorata, suplicando a la princesa que no le dejara volverse sin llevarla consigo.

—Amable Galán —le contestó ella—, buenas son todas las razones que acabas de exponerme, y puedes estar seguro de que me sería grato favorecerte más que a otro cualquiera. Mas quiero que sepas que hará cosa de un mes, yendo un día con todas mis damas a pasear por el río, y a punto de que me sirviesen el almuerzo, con tal fuerza tiré de mi guante, que me arranqué del dedo una sortija, la cual fue a caer, por desventura, en el agua. Más que a mi reino la quería. Ya te imaginarás lo afligida que me dejó tal pérdida. He jurado no dar oídos a ninguna propuesta de matrimonio si el embajador que se encargue de hacérmela no me trae la sortija. Ve, pues, lo que te cumple hacer, porque así me estuvieras hablando

15 días y 15 noches, no lograrías persuadirme a mudar de propósito.

Mucho le extrañó a Galán semejante respuesta. Hizo una reverencia profunda y rogó a la princesa que aceptara el perrito, la cesta y la banda; mas ella le replicó que no quería regalo alguno, y que pensara en lo que acababa de decirle.

Cuando estuvo él de vuelta en su casa, se acostó sin cenar, y el perrito, llamado Cabriola, no quiso cenar tampoco y fue a tenderse a su lado. Mientras duró la noche no cesó Galán de lanzar suspiros. “¿Cómo puedo encontrar una sortija que hace un mes cayó al río? —decía—; es locura intentarlo. La princesa me lo ha dicho así para ponerme en el trance de desobedecerla”.

Suspiraba y afligíase fuertemente. Cabriola, que le estaba oyendo, le dijo: “Buen amo mío, por favor, no desesperes de tu fortuna; siendo, como eres amable, fuerza es que seas venturoso. En cuanto luzca el día vámonos a la orilla del río”.

Dióle Galán dos palmaditas sin decirle nada, y abrumado por la tristeza, se quedó dormido.

En cuanto empezó a clarear, Cabriola se puso a hacer tal número de cabriolas, que le despertó y le dijo: “Vístete, amo mío, y salgamos”. Hízole caso Galán. Se levanta, se viste, baja al jardín y se encamina sin darse cuenta a la orilla del río. Allí empezó a pasearse, muy calado el sombrero, cruzado de brazos y sin pensar más que en irse, cuando de repente oyó que le llamaban: “¡Galán! ¡Galán!”. Miró a todos lados y a nadie vio; creía esta soñando. Vuelta a pasearse, y vuelta a llamarle: “¡Galán! ¡Galán!”.

—¿Quién me llama? —dijo.

Cabriola, que era muy menudo y que al ladito mismo del agua la miraba con atención, dijo: —Es una carpa dorada que estoy viendo.

Presentóse al instante aquella carpa de gran tamaño, y le habló:

—Me salvaste la vida en el prado de los Alisos, donde a no ser por ti la hubiera perdido, y prometí que te lo pagaría. Toma, Galán querido; ve aquí la sortija de la Hermosa de los Cabellos de Oro.

Inclinóse él y la cogió de la boca de la carpa, a la que dio gracias mil.

En lugar de volverse a casa se fue derecho al palacio con Cabriolita, que no cabía en sí de gozo por haber llevado a su amo a la orilla del río. Fueron a decir a la princesa que quería verla.

—¡Ay! —exclamó ella—, el pobre chico vendrá a despedirse de mí; habrá comprendido cuán imposible es lo que quiero, y se irá a decírselo a su señor.

Dieron entrada a Galán, el cual le presentó la sortija diciendo: “Señora princesa, ved vuestra orden cumplida. ¿Os place recibir por esposo al rey mi señor?”.

Cuando vio ella su sortija, a la que nada faltaba, le entró un asombro tan grande, tan grande, que creía estar soñando. “En verdad —dijo—, amable Galán, por fuerza tienes un hada que te favorece, porque dentro de lo natural esto no es posible”.

—Señora —respondió él—, a ningún hada conozco, sino que tenía vivos deseos de serviros.

—Pues muestras tan buena voluntad —prosiguió ella—, preciso será que me hagas otro favor sin lo cual nunca he de



casarme. Hay un príncipe no lejos de aquí, llamado Galifrón, a quien se le ha puesto en la cabeza casarse conmigo. Hizo que me expusieran su deseo con amenazas espantosas, diciendo que si me negaba arrasaría mi reino. Pero dime si puedo aceptarle; es un gigantón más alto que una torre; se come a un hombre entero, lo mismo que un mono se come una castaña. Cuando sale al campo, lleva en los bolsillos unos cañones pequeños, que le sirven de pistolas; y si levanta la voz, deja sordos a los que se ponen junto a él. Mandé que le dijese que no quería casarme y que me dispensara; pero no ha cesado de perseguirme: mata a todos mis súbditos, y tendrás que batirte con él y traerme su cabeza.

Algo cortado se quedó Galán al oír lo que se le proponía; estuvo un rato pensativo, y dijo luego: “Bien está, señora, lucharé con Galifrón. Creo que saldré vencido, pero moriré como valiente”.

Asombróse mucho la princesa, y le dijo mil cosas para evitar que se metiera a tales andanzas. De nada valió. Retiróse él a buscar armas y todo lo necesario. Cuando lo tuvo todo, volvió a meter a Cabriola en la cestita, montó en su buen caballo y se fue a la tierra de Galifrón. Pedía noticias de él a cuantos encontraba, y todos le decían que era un verdadero demonio, al que nadie osaba acercarse; cuando más lo oía decir, más miedo le entraba. Tranquilizábale Cabriola diciéndole:

—Amo mío querido, mientras te estés batiendo con él, yo iré a morderle las piernas, y cuando él baje la cabeza para echarme, le podrás matar. —Admiraba Galán el ingenio del perrito; pero hartó sabía que no había de bastarle tal socorro.

Llegó por fin cerca del castillo de Galifrón; todos los caminos estaban cubiertos de huesos y de esqueletos de hombres que se había comido o despedazado. No tuvo que esperar mucho, porque le vio en seguida venir atravesando un bosque. Su cabeza sobresalía por entre los árboles más altos, y cantaba con voz espantosa:

¿Dónde hay niños, dónde están?  
Mis dientes los devorarán.  
Tantos, tantos, tantos quiero  
que no me basta el mundo entero.

Al punto Galán empezó a cantar con el mismo tono:

Aquí tienes a Galán.  
Esos dientes se te caerán.  
No seré muy alto, pero  
te he de zurrar; así lo espero.

Los versos eran bastante malos; pero hizo tan de prisa el cantar, que por milagro no le resultó mucho peor; tal era el miedo que tenía. Cuando Galifrón hubo oído aquellas palabras, miró a todos lados, hasta que vio a Galán, espada en mano, que le dirigía dos o tres injurias para irritarle. No eran tantas las que necesitaban, y así le entró un coraje espantoso, y tomando una maza de hierro, hubiera del primer golpe aplastado al gentil Galán, si un cuervo no hubiera ido a ponerse encima de su cabeza, dándole un picotazo en cada ojo con tal tino, que se los vació. Corríale la sangre por la cara y estaba

como furioso, soltando golpes a diestra y siniestra. Esquivábalos Galán, y le tiraba tremendas estocadas, hundiéndole la espada hasta la empuñadura y haciéndole mil heridas, por las que perdió tanta sangre, que cayó en tierra. Galán le cortó la cabeza en seguida, encantado de su buena suerte y el cuervo, que había ido a posarse en un árbol, le dijo:

—No se me ha olvidado el servicio que me hiciste matando el águila que me perseguía: te prometí devolvértelo, y creo que hoy lo he logrado.

—Yo soy el más favorecido —replicó Galán.

Montó después a caballo, cargando con la espantosa cabeza de Galifrón.

Cuando entró en la ciudad, todos iban tras él gritando: “He aquí el valeroso Galán, que acaba de matar al monstruo”; de tal suerte, que la princesa, que oía el rumor, temerosa de que viniesen a anunciarle la muerte de Galán, no se atrevía a preguntar qué le había ocurrido; mas pronto vio entrar a Galán en persona con la cabeza del gigante, que no dejó de infundirle temor, aunque ya no tenía para qué temerle.

—Señora —exclamó él—; muerto está vuestro enemigo. Espero que no desairéis ya al rey mi señor...

—¡Ay!, sí tal— dijo la Hermosa de los Cabellos de Oro—: le desairaré como no halles medio de traerme, antes de que me ponga en camino, agua de la gruta tenebrosa. Cerca de aquí hay una honda gruta que podrá medir seis leguas de contorno; tiene en la entrada dos dragones que impiden el paso; echan fuego por las fauces y por los ojos; cuando se está en la gruta, hallase un ancho agujero por el que hay que bajar, lleno de

sapos, víboras y serpientes. En el fondo de ese agujero hay una cavidad donde mana la fuente de la belleza y la salud, y esa agua es la que quiero sin remisión. Cuanto se lava con ella se vuelve maravilloso; la que era hermosa, lo es ya para siempre; la que es fea, se vuelve hermosa; la que es joven, joven se queda; la que es vieja, se torna joven. Ya comprenderás, Galán, que no he de salir de mi reino sin llevármela.

—Señora —le dijo él—, tan hermosa sois, que el agua os es inútil; mas yo soy un embajador sin ventura, en cuya muerte os empeñáis: voy a buscaros lo que pedís, en la certidumbre de que no he de volver.

La Hermosa de los Cabellos de Oro no quiso mudar de propósito, y Galán, con el perrito Cabriola, se puso en camino para ir a la gruta tenebrosa en busca del agua de la belleza. Cuantos encontraba por el camino, decían: “Lástima que tan amable mozo corra a su perdición con tal ánimo; va solo a la gruta, y aunque le precedieran otros ciento, no podría lograr lo que se propone. ¿Por qué la princesa no ha de querer más que cosas imposibles?”. Y él seguía adelante, sin decir palabra, pero muy triste.

Llegó a la cumbre de la montaña y se sentó a descansar un poco, dejando que su caballo paciese y que Cabriola corriera detrás de las moscas. Sabía que la gruta tenebrosa no estaba lejos de allí, y miraba a ver si la distinguía, hasta que divisó por fin un feo peñasco negro como la tinta, del que emanaba un humo denso, y al cabo de un instante a uno de los dragones que echaba fuego por los ojos y por las fauces, y tenía el cuerpo amarillo y verde, garras y una larga cola que le daba más de 100

vueltas. Cabriola vio todo aquello, y no sabía dónde esconderse del miedo que tenía.

Galán, resuelto a morir, sacó la espada y un frasquito que le había dado la Hermosa de los Cabellos de Oro para que se lo llenase de agua de la belleza, y dijo a su perrito Cabriola: “¡Esto se acabó! Nunca podré conseguir el agua ésa que está guardada por dragones. Cuando me veas muerto, llena el frasco de sangre mía y llévaselo a la princesa, para que vea lo que me ha costado; vete después al encuentro del rey mi señor, y refiérele mi infortunio”.

Mientras así hablaba, oyó que le estaban llamando: “¡Galán! ¡Galán!”.

Dijo: “¿Quién me llama?” y vio, en la oquedad de un árbol añoso, un búho que le hablaba: “Me sacaste de la red en que los cazadores me tenían preso, y me salvaste la vida; prometí pagártelo: ha llegado el momento. Dame ese frasco; todos los caminos de la gruta tenebrosa me son conocidos, e iré a buscarte el agua de la belleza”.

Dióle en seguida Galán el frasco, y el búho se entró sin la menor dificultad en la gruta. En menos de un cuarto de hora volvió trayendo la botella con su tapón y todo. Galán se quedó maravillado, le dio las gracias muy rendido, y volviendo a pasar la montaña, se encaminó de nuevo a la ciudad, contentísimo.

Se fue derechamente al palacio y presentó el frasquito a la Hermosa de los Cabellos de Oro, la cual ya nada tuvo que decir; dio las gracias a Galán, pidió cuanto necesitaba para el camino, y emprendió la marcha con él. Encontrábase amable en extremo, y a veces le decía: “Si hubieras querido, yo te

hubiera hecho rey; no habrás salido de mi reino”. Pero él contestaba: “Aunque me parezcáis más hermosa que el sol mismo, por todos los reinos de la tierra no querría yo causar a mi señor tal disgusto”.

Llegaron por fin a la capital del rey, el cual, sabedor de que llegaba la Hermosa de los Cabellos de Oro, salió a su encuentro y le hizo los regalos más ricos del mundo. Se desposó con ella entre tantos regocijos, que no se hablaba de otra cosa; pero la Hermosa de los Cabellos de Oro, que amaba a Galán en el fondo de su corazón, no estaba a gusto más que cuando le veía, y no se cansaba de alabarle. “A no ser por Galán, nunca hubiera venido —dijo al rey—: ha tenido que hacer cosas imposibles en servicio mío; debes agradecersele; me ha traído el agua de la belleza y nunca envejeceré; siempre seré hermosa”.

Los envidiosos que escuchaban a la reina, dijeron al rey: “No sentís celos, y motivo tenéis para sentirlos. La reina ama de tal modo a Galán, que por él pierde las ganas de comer y beber: no hace más que hablar de él”.

El rey dijo: “Cierto es, ya me doy cuenta de ello: que le encierren en aquella torre, con grillo en los pies y en las manos”.

Fue preso Galán, y en pago de haber servido tan bien al rey, le encerraron en la torre con grillos en los pies y en las manos. No veía más que al carcelero, que por una abertura le echaba un mendrugo de pan negro y agua en una escudilla de barro. Pero su perrito Cabriola no le abandonaba, e iba siempre a consolarle y a contarle todas las noticias.

Cuando la Hermosa de los Cabellos de Oro supo su desgracia, fue a echarse a los pies del rey, y llorando le suplicó que

sacara de la prisión a Galán. Pero cuanto más le rogaba, tanto más se irritaba él, porque pensaba: “Eso es que le quiere”; y no quiso ceder. No volvió ella a hablar, y se puso muy triste.

Dióse cuenta el rey de que acaso ella no le encontraba muy guapo, y entró en ganas de frotarse el rostro con el agua de la belleza, para que la reina le amase un poco más. La tal agua estaba en un frasco al borde de la chimenea del cuarto de la reina que la tenía puesta allí para contemplarla más a menudo; y sucedió que una de sus camaristas quiso matar una araña de un escobazo, y tuvo la desgracia de tirar al suelo el frasco, que se rompió, derramándose toda el agua. Lo barrió en seguida, y no sabiendo qué hacer, se acordó de que había visto en el gabinete del rey un frasco muy parecido, lleno de agua clara, como el del agua de la belleza; lo cogió cautelosamente, sin decir nada, y lo puso encima de la chimenea de la reina.

El agua que tenía el rey en su gabinete servía para dar muerte a los príncipes y grandes señores que cometían algún crimen; en vez de cortarles la cabeza o ahorcarlos, frotábaseles el rostro con el agua aquella; quedábase como adormecidos y no volvían a despertar. Pues una noche fue el rey, cogió el frasco, se frotó bien la cara, se quedó adormecido y se murió. El perrito Cabriola fue de los que antes lo supieron, y no dejó de ir a contárselo a Galán, quien le rogó que fuese a ver a la Hermosa de los Cabellos de Oro, y le hiciese acordarse del pobre prisionero.

Cabriola se fue escurriendo, poquito a poco, entre la multitud, porque había mucho jaleo en la Corte a causa de la muerte del rey. Dijo a la reina: “Señora, no os olvidéis del pobre Galán”. Recordó ella en seguida las penalidades que él había

sufrido por su causa, movido por su extrema fidelidad. Salió sin decir nada a nadie, se fue derecho a la torre, y quitó con sus propias manos los grillos de los pies y de las manos de Galán, y poniéndole una corona de oro en la cabeza y el manto real en los hombros, le dijo: “Ven, amable Galán: te hago rey y tomo por marido”.

Echóse él a sus pies, dándole gracias. Todos se sintieron dichosos de tenerle por señor. Hubo las más ricas bodas del mundo, y la Hermosa de los Cabellos de Oro vivió mucho tiempo al lado del hermoso Galán, felices los dos y satisfechos.

### *Moraleja*

Si un desgraciado te pidiera ayuda,  
sé generoso y tiéndele tu mano;  
recompensa tendrá tu acción, sin duda,  
tarde o temprano.

A la carpa Galán y al cuervo ampara,  
y al búho, feo bicho. ¿Quién pensara  
que su acción meritoria  
tal premio alcanzaría  
y que por ellos iba a verse un día  
levantado a las cumbres de la gloria?

Logra su empeño:  
le mira con agrado la princesa,  
y siempre fiel a su señor y dueño,  
sabe salir triunfante,  
y logra hacer callar, en ardua empresa,  
la dulce voz del corazón amante.



Y en la cárcel, por fin, cuando parece  
más imposible el logro de su anhelo,  
un milagro le ofrece,  
propicio siempre a la virtud, el cielo.





HERMANOS GRIMM

# PULGARCITO





## PULGARCITO

**N**o conciliaba el sueño un pobre labrador que estaba sentado una noche junto al hogar atizando el fuego; su mujer hilaba a su lado y él decía:

—¡Cuánto siento no tener hijos! ¡Qué silencio hay en nuestra casa, mientras en las demás todo es alegría y ruido!

—Sí —respondió la mujer suspirando—; yo me daría por satisfecha aunque no tuviésemos más que uno. Aunque fuese pequeño como el dedo pulgar, le querríamos con todo nuestro corazón.

Sintió la mujer que se ponía mala, y al cabo de siete meses dio a luz un niño que no era más alto que el dedo pulgar.

Entonces dijeron:

—Es como lo habíamos deseado; no por eso debemos dejar de quererle.

Sus padres le llamaron Pulgarcito, a causa de su poca estatura.

Le criaron lo mejor que pudieron; pero no creció nada. Tenía ojos inteligentes, y manifestó bien pronto astucia y actividad para llevar a cabo cuantas cosas se le ocurrían.

Preparábase un día el labrador para ir a cortar leña a un bosque y pensaba.

—¡Con qué gusto encontraría quien me guiase el carro!

—Padre —exclamó Pulgarcito—, yo me encargo de llevar el carro. No tengáis cuidado; llegará al bosque a buen tiempo.

El hombre se echó a reír, y dijo:

—Eso no es posible: eres demasiado pequeño para llevar el caballo de la brida.

—No importa, padre. Si mi madre quiere enganchar, me sentaré en la oreja del caballo y le guiaré.

—Está bien —contestó el padre—: lo probaremos.

Cuando llegó la hora de marchar, la madre enganchó el caballo y metió a Pulgarcito en la oreja.

El hombrecillo le guiaba tan bien, que el carro iba como si le llevara un buen carretero y llegó sin tropiezos al bosque.

Al dar la vuelta a un recodo del camino, el hombrecillo gritaba:

—¡Soo, arre!

En esto pasaron dos forasteros.

—¡Hola! —exclamó uno de ellos. —¿Qué es eso? Mira ese carro tan original: se oye la voz del carretero y no se ve a nadie.

—Es una cosa bastante extraña —dijo el otro—. Vamos a seguirle y veremos en dónde se detiene.

El carro continuó su camino y se detuvo en el bosque, precisamente donde estaba la leña cortada.

Cuando Pulgarcito vio a su padre, dijo:

—¿Ves, padre, cómo he venido con el carro? Bájame ahora.

El padre cogió con una mano la brida, sacó con la otra a su hijo de la oreja del caballo y le puso en el suelo; el pequeñuelo se sentó alegremente en una arista.

Al ver a Pulgarcito se admiraron los dos forasteros, no sabiendo qué decir.

Uno de ellos llamó aparte al otro y le dijo:

—Ese chiquillo podría hacer nuestra fortuna si le enseñásemos por dinero: hay que comprarle.

Se acercaron al labrador y le dijeron:

—Véndenos ese enanillo; le irá bien con nosotros.

—No —respondió el padre—, es mi regalo y no le vendo por todo el oro del mundo.

Al oír la conversación, Pulgarcito trepó por los pliegues del vestido de su padre hasta llegar a sus hombros y le dijo al oído:

—Padre, vendedme a esos hombres, que pronto volveré.

Su padre le vendió por una hermosa moneda de oro.

—¿Dónde quieres sentarte? —le dijeron.

—¡Ah! Sentadme en el ala de vuestro sombrero; en ella podré pasearme y ver el campo sin caerme.

Hicieron lo que él quería, y en cuanto Pulgarcito se despidió de su padre, marcharon con él y caminaron hasta la noche.

Entonces les gritó el hombrecillo:

—¡Bajadme, necesito bajar!

—Quédate en el sombrero —dijo el hombre—. Poco me importa lo que tengas que hacer; los pájaros echan cosas peores.

—¡No, no! —dijo Pulgarcito—. Y yo sé muy bien qué tengo que hacer.

El hombre le cogió y le puso en el suelo, en un campo lindante con el camino.

Pulgarcito corrió un instante entre los surcos y se metió de pronto en un agujero que había buscado expresamente.

—¡Buenas noches, caballeros, seguid vuestro camino sin mí! —les gritó riendo.

Se volvieron corriendo, y aunque metieron palos en el agujero, fue trabajo perdido.

Pulgarcito se escondía más adentro cada vez, y como empezaba a oscurecer, tuvieron que volverse a su casa incomodados y con las manos vacías.

Cuando estuvieron lejos, salió Pulgarcito de su escondrijo.

Temió aventurarse por la noche en medio del campo, pues una pierna se rompió en seguida. Por fortuna, encontró un caracol vacío.

—A Dios gracias —dijo—, pasaré la noche en seguridad aquí dentro.

Y se estableció allí. Poco después, cuando iba a dormirse, oyó pasar dos hombres y que el uno decía al otro:

—¿Cómo nos arreglaremos para robar el oro y la plata a ese cura tan rico?

—Yo os lo diré —les gritó Pulgarcito.

—¿Qué es eso? —exclamó uno de los ladrones asustado—. He oído hablar a alguien.

Se detuvieron a escuchar, y entonces Pulgarcito gritó de nuevo:

—Llevadme con vosotros, y os ayudaré.

—¿Dónde estás?

—Buscadme por el suelo, en el sitio de donde sale la voz.

Los ladrones concluyeron por encontrarle.

—¡Tunantuelo! —le dijeron. —¿En qué puedes sernos útil?

—Mirad —les dijo—: me deslizaré por entre los hierros de la ventana en el cuarto del cura y pasaré todo lo que pidáis.

—Bueno; veremos lo que puedes hacer —le dijeron.

Cuando llegaron a la casa del cura, Pulgarcito entró en el cuarto y se puso a gritar con todas sus fuerzas:

—¿Queréis todo lo que hay aquí?

Los ladrones, asustados, le dijeron:

—¡Habla bajo; vas a despertar a la gente!

Pero él, haciendo como si no los oyera, gritó de nuevo:

—¿Qué es lo que queréis? ¿Queréis todo lo que hay aquí?

La cocinera, que dormía en el cuarto de al lado, oyó aquel ruido, se levantó y escuchó.

Los ladrones habían echado a correr. En fin, tomaron ánimo y creyendo únicamente que el picarillo quería divertirse a sus expensas, volvieron atrás y le dijeron en voz baja:

—¡Déjate de bromas y pásanos algo!

Entonces Pulgarcito se puso a gritar con todas sus fuerzas:

—Voy a dároslo todo: tended las manos.

La cocinera oyó bien claro esta vez; saltó de la cama y corrió a la puerta.

Los ladrones, viendo esto, echaron a correr como si el Diablo los siguiera. No viendo nada, la cocinera fue a encender una luz.

Cuando llegó, Pulgarcito fue a ocultarse en el pajar sin que le viesen.

La criada, después de haber registrado todos los rincones sin descubrir nada, fue a acostarse, y creyó que había soñado con los ojos abiertos.

Pulgarcito había subido sobre el heno, donde encontró sitio para dormir y descansar allí hasta el día, para volver luego a casa de sus padres.

¡Pero debía sufrir tantas pruebas todavía! ¡Hay tanto malo en el mundo!

La cocinera se levantó al amanecer para echar pienso al ganado. Su primera visita fue al pajar. Cogió un brazado de heno con el pobre Pulgarcito dormido dentro. Dormía tan profundamente, que no lo notó ni se despertó hasta que estuvo en la boca de una vaca que le había cogido al zamparse un puñado de heno. Creyó en un principio que había caído dentro de un molino; pero comprendió bien pronto dónde estaba. Entonces tuvo que tener cuidado para que no le mascaran, y bajó de la garganta a la panza.

—Se han olvidado las ventanas —dijo— en este cuarto, y no se ve ni sol ni luz.

La casa le desagradaba mucho, y lo peor era que entraba siempre heno y el sitio era cada vez más estrecho.

Lleno de terror, gritó al fin lo más alto que pudo:

—¡Basta de heno! ¡Basta de heno! ¡No quiero más!

La criada estaba precisamente en aquel momento ordeñando la vaca. Al oír aquella voz sin ver a nadie, reconoció que era la que la había despertado ya la noche anterior, y se asustó tanto, que se cayó al suelo y derramó la leche.

Fue corriendo a buscar a su amo y le dijo:



—¡Oh, Dios mío! ¡Señor cura, que habla la vaca!

—¡Tú estás loca! —respondió el cura; pero fue al establo a ver lo que pasaba.

Apenas había entrado, grito de nuevo Pulgarcito:

—¡Basta de heno! ¡No quiero más!

El cura se asustó a su vez, creyendo que la vaca tenía el Diablo en el cuerpo, y mandó matarla.

Hiciéronlo así, y la tripa en que se hallaba prisionero el pobre Pulgarcito fue arrojada a la basura.

El pobrecito trabajó mucho para salir.

Cuando empezaba a sacar la cabeza, le sucedió una nueva desgracia.

Un lobo hambriento se arrojó sobre la tripa y se la tragó de una vez. Pulgarcito no perdió ánimo.

—¡Quizás! —pensaba— será tratable este lobo.

Y desde su vientre, donde estaba encerrado, le gritó:

—Querido lobo, puedo enseñarte un sitio donde hallarás una buena comida.

—¿Dónde? —le dijo el lobo.

—En tal casa: no tienes más que entrar por el albañal en la cocina, y encontrarás tortas, tocino, salchichas, cuanto quieras comer.

Y le designó la casa de su padre con la mayor exactitud.

El lobo no se lo hizo decir dos veces: se introdujo de noche por un albañal, y una vez allí, devoró en la despensa lo que quiso.

Cuando estuvo harto quiso salir, pero estaba tan relleno con el alimento, que no pudo conseguir pasar por el albañal.

Pulgarcito, que había contado con esto, comenzó a hacer un ruido terrible en el vientre del lobo, gritando y alborotando con todas sus fuerzas.

—¿Quieres callarte? —le dijo éste—. Vas a despertar a todos.

—¿Y qué —le respondió el pequeño— ¿No te has hartado tú de comer? También yo quiero divertirme.

Y se puso a gritar todo lo que pudo.

Concluyó por despertar a sus padres, que corrieron a la despensa y miraron por la rendija.

Cuando vieron que había un lobo, se armaron, el hombre con un hacha y la mujer con una hoz.

—Ponte detrás —dijo el hombre a su mujer cuando entraron en el cuarto—: si al darle un hachazo no se muere, le cortas el vientre.

Pulgarcito, así que oyó la voz de su padre, se puso a gritar:

—¡Soy yo, querido padre, quien está dentro del lobo!

—¡Gracias a Dios —dijo éste lleno de alegría— que hemos encontrado a nuestro querido hijo!

Y mandó a su mujer que dejara la hoz, para no herir a su hijo.

Después levantó su hacha, y tendió muerto al lobo de un golpe en la cabeza; en seguida le abrió el vientre con un chuchillo y tijeras, y sacó al pequeño Pulgarito.

—¡Ah, hijo mío! —dijo el padre— ¡Cuánto hemos sufrido por ti!

—Sí, padre: he andado mucho por el mundo; pero, por fortuna, heme aquí, vuelto a la luz.

—¿Dónde has estado?

—¡Ah, padre! He estado en un hormiguero, en la panza de una vaca y en el vientre de un lobo. Ahora me quedo aquí con vosotros.

—¡Y no volveremos a venderte por todos los tesoros del mundo! —dijeron sus padres abrazándole y estrechándole contra su corazón.

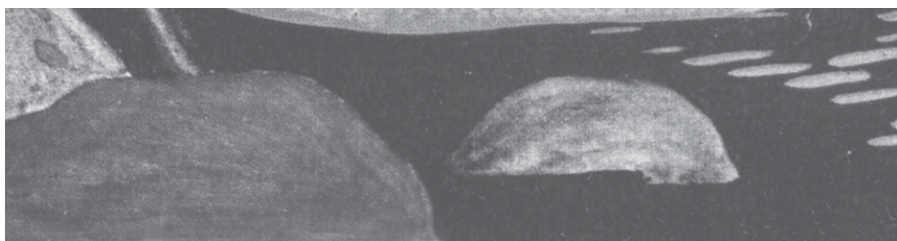
Le dieron de comer y le compraron vestidos nuevos, porque los suyos se habían estropeado en el viaje.





HANS CHRISTIAN ANDERSEN

# EL PATITO FEO





## EL PATITO FEO

La campiña sonreía con las gracias del verano; las doradas mieses cimbreaban sobre la verde avena y en los prados, de un verde más intenso, se alzaban montones de heno que embalsamaban el ambiente. Numerosas cigüeñas paseaban encaramadas sobre sus largas y rojizas patas, musitando en el antiguo idioma del Egipto de los Faraones, que ellas solas hablan con pureza. Grandes bosques rodeaban los campos y las praderas, y acá y acullá, un estanque fulguraba al sol.

En medio de esta espléndida naturaleza se elevaba un vetusto castillo rodeado de profundos fosos llenos de agua, y las murallas estaban cubiertas de una selvática vegetación de hiedra y plantas trepadoras que caían sobre los cañaverales y los nenúfares de anchas hojas.

En una tronera de la muralla se veía el nido de una ánade que allí empollaba sus huevos, ansiosa de verlos abrirse, pues le pesaba la soledad, siendo visitaba rara vez por las otras ánades vecinas, que, como verdaderas egoístas, pasaban el tiempo chapuzando en el lodo.

Al cabo se abrió un huevo; se rompió el cascarón, se oyó un dulce *pío, pío*, y asomó la cabecita de un pato. Otro llegó al día siguiente, y a aquese siguió un tercero. Mucho se agitaban los animalitos, lanzando ya gozosos *rap, rap*, adelantado con curiosidad la cabeza a través de las hojas verdes que tapiaban su nido.

Lo primero que dijeron los patitos fue: “¡Qué grande es el mundo!” y en efecto, se hallaban mucho más cómodamente que en el reducido espacio de un cascarón.

“Tal vez creéis, dijo la madre, que lo que veis desde aquí es todo el universo. Desengañaos, se extiende mucho más allá del jardín, hasta la iglesia cuyo campanario vi una vez; pero no he ido nunca más lejos”.

“Veamos, añadió poniéndose de pie, ¿habéis salido todos? ¡Ay! No, intacto está el mayor de los huevos. ¿Cuánto durará aún? Comienzo a cansarme”.

Y se arrellanó de nuevo. “Buenos días, amiga, le dijo de repente una ánade entrada en años que pasaba a visitarla, ¿cómo va la salud?”.

—¡Ay! Estoy muy cansada con uno de mis huevos que no quiere abrirse, respondió la madre. Pero, en cambio, mirad mis patitos, a buen seguro que nunca habréis visto cosas más mona. ¡Cómo se parecen a su padre! El malvado no viene siquiera a darnos los buenos días.

—Enseñadme ese famoso huevo, dijo la comadre, que añadió después de haberlo visto: Creedme, es un huevo de pavo. A mí me engañaron así también una vez, y cuando los malditos pavitos que me habían dado a empollar, vinieron al

mundo, tuve con ellos mucho que pasar; por más penas que me di para hacerlos ir al agua, no hubo medio de conseguirlo. Os repito que no me cabe duda, es un huevo de pavo: en vuestro lugar lo abandonaría y me ocuparía al momento de enseñar a nadar a mis pequeñuelos.

—¡Oh! He estado empollando tantos días que bien puedo esperar algo más, dijo el ánade.

—Pues divertíos, respondió la comadre, y se marchó.

Al cabo, el cascarón del huevo voluminoso se abrió y salió piando un animalillo muy grande, muy feo y muy mal proporcionado.

—“¡Jesús! ¡Qué monstruo! —exclamó la madre—; no se parece ni pizca a los otros; ¿será realmente un pavo? Vamos a verlo; voy a llevarlo al agua y si no quiere entrar de grado, lo echaré por fuerza”.

Al día siguiente, el tiempo era hermosísimo; el ánade salió por vez primera seguida de su familia y bajó a orillas del foso. ¡Pum! hétela en el agua. *Rap, rap*, grita, y los anadoncillos, uno en pos de otro, se echan al agua, se zambullen, pero vuelven a aparecer al momento y nadan de un modo admirable, moviendo las patas según las reglas. Todos estaban en el agua, hasta el horroroso ceniciento que saliera del huevo grande.

“Pues ¡no es un pavo! Dijo la madre. Se sirve muy bien de sus patas y se tiene muy tiesecito. No hay duda, es hijo mío. En verdad, mirándolo con atención, es muy bonito.

“¡*Rap, rap!* Vamos, hijos míos, seguidme, dirijámonos al gran estanque donde voy a presentaros a los vecinos. No os despeguéis de mis alas; y ¡mucho cuidado con el gato!”.

En el estanque había un tumulto, una batahola extraordinaria. Dos grupos de ánades se disputaban a grandes picotazos una cabeza de anguila. A lo mejor de la batalla, el gato, que parecía dormitar en la orilla, sacó al suelo de un zarpazo la disputada cabeza y comenzó a devorarla tranquilamente.

“Ahí veis, hijos míos, dijo el ánade, lo que es el mundo; lleno está de sorpresas y acechanzas, y por esto debéis aprender a conducirnos conforme a las reglas de la sabiduría. Doblad el cuello y saludad profundamente a aquel anciano pato que allí veis; es de raza española y la cinta encarnada que adorna su pata es un distintivo honorífico que le han puesto para que la cocinera no se equivoque y no lo meta en el asador confundiendo con otro”.

“Aprended a decir *rap, rap*, bien a compás. No echéis las patas hacia dentro, es de muy mal tono; abridlas bien hacia fuera como yo hago”.

Los pequeñuelos hacían con docilidad cuanto su madre ordenaba; pero, por más galanura y cortesía que desplegaban, los demás ánades los miraban de mal ojo y decían: “¡Cómo!... ¡Otra pollada! Como si no fuésemos ya bastante numerosos para la comida que nos echan. ¡Por vida mía! Exclamó un anadino, ¡esto es demasiado!... ¡Atrás! Mirad el aspecto de este patito, no es posible que lo guardemos entre nosotros”. Y precipitándose sobre el pobre ceniciento, le tiró de las plumas y le maltrató. “Vamos, malvado, dijo la madre, déjalo que no hace daño a nadie”. “Verdad es, respondió el otro; pero no es dable ser tan gordo a tus años. ¡Qué mal hecho es!... ¡Deshonra a nuestra raza!”.



El obeso pato español se había acercado y alabó por lo sumo la gracia y donaire de los nuevos patitos. ¡Lástima es —dijo—, que haya entre ellos esa especie de monstruo; qué plumaje más feo tiene!

—No diré que no, respondió la madre; pero es buen muchacho y de muy dulce carácter. Nada, además, mucho mejor que todos los otros. Tal vez se arregle con el tiempo, pues ha permanecido en el cascarón más de lo justo y eso, sin duda, lo ha desfigurado.

“En segundo lugar, añadió el ánade peinándole con el pico las plumas algo espeluznadas por el ataque que había sufrido, es un macho, y no importa así gran cosa que sea bien o mal parecido”.

—Si os consoláis, tanto mejor, respondió el pato español. Vuestros hijuelos son encantadores. Bien venidos sean entre nosotros; pero, si dan con alguna golosina, como por ejemplo, una cabeza de anguila, que no se olviden de traérmela. Soy el jefe del estanque y quiero que se me tenga respeto”.

La nueva parva fue muy bien acogida por los antiguos, excepto el patito ceniciento que no dejó de ser mordido, zarandeado, perseguido. Hasta las gallinas se burlaban de él y lo hallaban deforme. Había en el corral un pavo que se paseaba de ordinario, soplando como si fuese el árbitro del universo. A la vista del patito se infló como la vela de un ave que el viento llena, y se arrojó, furioso, sobre el pobre animal; al llegar a las orillas del estanque, viendo que no podía alcanzar al objeto de su cólera, se puso encendido como un pavo que era y lanzó furibundos *glu, glus*. El infeliz anadoncillo no tenía un momento

de solaz, siendo de continuo apaleado y picoteado. El recuerdo de los malos tratos que había sufrido durante el día no le dejaba dormir por la noche.

Sus penas fueron aumentando con sus días. Hasta sus hermanos de echadura se mofaban de él y decían: “¡Por qué no cogerá el gato a este fenómeno que nos avergüenza!” La madre que lo había defendido en un principio, acabó por decir a cada paso: “¡Llévete la muerte, si quiere complacerme!”. Y los otros se le iban encima con el pico y las alas abiertas; la criada que llevaba la pitanza a la gente de pluma, le daba de puntapiés cuando se aproximaba para coger algún desperdicio de cocina.

Al fin, no pudiendo resistir más, alzó el vuelo por encima de los vallados, de los jardines y praderas; los pajarillos que anidaban en los árboles huían despavoridos oyendo el ruido de sus alas pesadas y sin experiencia.

“Los asusto con mi fealdad”, pensaba; y cerró los ojos para no ver las lindas avecillas huir delante de él. Siguió volando y llegó a un inmenso pantano habitado por patos selváticos, donde se detuvo, fatigado por la caminata y el pesar, y pasó la noche acurrucado entre los juncos.

Al amanecer llegaron los patos selváticos que consideraron con curiosidad al recién venido: “¡De dónde sales, de qué raza eres?” —le preguntaron. El patito hacía saludos muy torpes como una criatura avergonzada de su mal porte.

“Puedes vanagloriarte de ser horriblemente feo —añadieron los otros. —Pero, ¿qué nos importa si no se te ocurre casarte con una de nuestras hijas?”. ¡Pobre desgraciado! Seguramente no pensaba en casarse, y se consideró muy feliz de que

se dignasen tolerarlo, permitiéndole buscar el sustento en los pantanos y dormir entre las cañas.

Hacía algunos días que estaba allí, cuando llegaron varios ansarones que venían de muy lejos, de los países del Norte; pero, eran jóvenes y en la juventud no se teme aventurarse.

“Amigo —dijeron al patito—, tienes un aire tan grotesco que nos divierte el verte. Ven con nosotros, y como nosotros, será ave de paso. Cerca de aquí, en otro pantano, hay algunas ánades selváticas que son muy agradable, y como ven muy poca gente y no son peritas en cuestión de hermosura, tal vez gustes de alguna de ellas a pesar de tu fealdad”.

*¡Pif, paf!* Se oyó de pronto, y los dos ansarones cayeron a las aguas exánimes. *¡Pif, paf!* Bandadas enteras de ánades y patos salieron de los cañaverales huyendo en todas direcciones. Los tiros seguían estallando; era una gran cacería. Había hombres en las orillas del pantano, en las ramas de los sauces y de los álamos que sobre el agua avanzaban. El azulado humo de la pólvora formaba una nube. Los perros entraron en el agua, ladrando, doblando las cañas y los juncos, acercándose al escondite del patito. ¡Qué angustiosa espera! Iba a meterse la cabeza bajo el ala para no ver semejantes horrores, cuando apercibió delante de él a un perro enorme, con los ojos relucientes de furor y la boca abierta cuajada de formidables dientes; pero, después de haberlo mirado un instante, el perro se alejó en busca de una presa más digna.

“Al fin y al cabo, dijo el patito al volver en sí, mi fealdad me habrá servido de algo; he repugnado hasta a ese perro voraz”.

Y esto diciendo se escondió en lo más espeso de la junquera, hasta que los tiros cesaron y se fueron los cazadores.

Después de muchas horas y tomando precauciones infinitas, salió del agua y huyó con cuanta ligereza pudo, cruzando los campos a los fulgores y al fragor de la tormenta, hasta verse lejos del pantano maldito.

Al anochecer llegó a una miserable cabaña, tan deteriorada que puede decirse que si se mantenía en pie era por no saber de qué lado caerse. El viento arreciaba y para ponerse a cubierto, el patito entró por la puerta entornada. Vivía allí una buena mujer con su gato que llamaba mi hijo y sabía hacer *ron, ron* y despedir chispas cuando le pasaban la mano contra el pelo, y una gallina con las patas muy cortas que la mujer adoraba porque le ponía huevos.

Al día siguiente notaron la presencia del intruso; el gato comenzó a hacer *ron, ron* y la gallina *glu, glu*.

“¿Qué sucede?” preguntó la mujer; y a fuerza de mirar, acabó por descubrir al fugitivo que tomó por un ánade. “¡Qué fortuna! Exclamó, voy a tener huevos de pato y los haré empollar”.

Y alimentó muy bien al patito. Fueron éstos los primeros días felices de su vida; pero ¡ay! después de tres semanas, cuando se verificó que no ponía, comenzaron de nuevo sus tribulaciones.

La gallina era casi el ama de la casa; decía siempre: *Nos* y *los otros*, y este *nos*, que comprendía a ella, a la mujer y al gato, lo colocaba muy por encima del universo. El patito se atrevió a emitir una opinión contraria.

Encolerizada, exclamó: “¿Sabes poner huevos? —No. Pues bien, cállate; no cuentas en el mundo. —¿Puedes hacer *ron, ron*, despedir chispas? Preguntó el gato. —No. —En ese caso

no puedes tener un parecer. Conténtate con oír a las bestias sensatas”.

El patito se calló y volvió a su rincón, sintiéndose de nuevo desgraciado. De pronto una ráfaga de aire penetró en la cabaña y el anadoncillo sintió un vivo deseo de nadar y habló de ello a la gallina. “He ahí lo que es no hacer nada, dijo ésta; la ociosidad inspira las ideas más estrafalarias. Pon huevos o haz *ron, ron* y se disiparán”.

—¡Es tan agradable solazarse en el agua, zambullirse!  
—¡Pierdes el juicio! Pregúntale al gato, que es el animal más cuerdo que conozco, si es bueno meterse en el agua. No digo lo que pienso yo. Pregúntaselo al ama, mujer de experiencia.  
—No podéis comprenderme, dijo el pato. —¡No comprenderte! ¿Acaso crees tener más ingenio que la buena mujer y el gato? No hablo de mí. Vamos, hijo mío, sé modesto, pues Dios podría retirarte, de lo contrario, sus beneficios. Te ha hecho dar con esta casa donde hace un calor agradabilísimo; tienes nuestra sociedad de la que podrías aprovecharte para instruirte. Yo, por mí, no deseo más que abrirte la inteligencia. Si te canto las verdades, es porque te quiero. No hay en el mundo más que dos cosas, hijo mío: poner huevos o hacer *ron, ron*. Aprende una cosa o la otra. —Tal vez viajando me afinaré un poco, dijo el patito. —Sí, me parece que no te sentará mal, dijo la gallina, pues tienes mucho que aprender.

Y el patito se fue, y voló hasta dar con un estanque en el que se bañó y olvidó las tonterías de la gallina.

Vino el otoño. Cayeron secas las hojas de los árboles y fueron arrebatadas por el viento. Nubes formadas de nieve ocultaban

el sol, y los cuervos graznaban en los aires. Los tormentos del patito continuaron, pero tuvo más tarde un día de aventura. El sol había lucido y se ponía entre purpúreas nubes. De pronto pasó una bandada de aves tan grandes y magníficas que nunca las había visto el anadoncillo; poseían largos cuellos que retorcían con gracia, y una pluma blanca como el armiño: eran cisnes. Daban un grito especial, y con las alas abiertas iban a los países del sur en busca del calor. Se elevaban a una altura prodigiosa y el patito experimentaba a su vista una sensación desconocida. Se volvió en el agua hacia ellos e, involuntariamente, lanzó un grito tan agudo y singular que se asustó a sí mismo. ¡Cuánto amaba a aquellas aves sin conocerlas ni saber adónde iban!

Cuando desaparecieron, zambullóse hasta el fondo del agua, más conmovido que nunca lo estuvo. No sentía envidia. El pobrecillo que se habría creído feliz si los patos le hubiesen sufrido en su seno, no pensaba que pudiese ser nunca otra cosa que un ser repugnante.

El invierno fue muy riguroso; los estanques se helaron y el patito tuvo que nadar de continuo, hasta de noche, para impedir que el hielo se formase en torno de sus patas. Pero al fin se cansó, se paró y quedó aterido.

Por la mañana, un aldeano que acertó a pasar por allí, rompió el hielo y llevó a su mujer el patito que se reanimó con el calor. Los niños quisieron jugar con él; pero como los malos tratos le habían vuelto miedoso, huyó desconcertado, creyendo que querían hacerle daño; al correr tropieza y tira por tierra un gran tazón de leche; la aldeana le persigue con la escoba; cae

nuestro pato en un tonel lleno de harina y con sus aletazos eleva nubes de blancuzco polvo; a todo esto los niños se divertían de lo lindo y se empujaban, con grandes risotadas, por coger el pato. Una bocanada de aire abrió felizmente la puerta y el animal pudo salir y volar a ocultarse entre la leña.

Muy triste sería relatar todas las penas y trabajos que tuvo que sufrir en este crudo invierno. En fin, lució de nuevo el sol y de nuevo resonó el canto de la alondra. Tan hermosa era la primavera como espantoso había sido el invierno.

El pato había crecido mucho y sus alas habían ganado en fuerza. Sin reparar en ello, se elevó en los aires mucho más alto de lo que hubiese esperado. Cuando hubo volado a su antojo descendió a la tierra y se halló en un vasto parque; los saucos y la blanca espina estaban en flor. Por entre los árboles y arbustos serpenteaba un límpido riachuelo que terminaba en un gran lago circundado de un verde césped. ¡Qué hermoso era!... ¡Qué deliciosa frescura bajo las umbrosas arboledas! De pronto, el pato vio aparecer en el lago tres magníficos cisnes, que resbalaban ligeramente sobre las aguas con las alas tendidas como las velas de una barquilla.

Una suave melancolía acometió al pato cuando los vio. “Conozco a estas aves reales, se dijo; quiero ir a admirarlas desde cerca; me matarán y tendrán razón, pues un fenómeno como yo no tiene derecho a acercárseles. Pero, poco me importa; más vale morir a sus picos que ser maltratado por los ánades, sermoneado por las gallinas, perseguido por todo el mundo”.

Y nadó hacia las hermosas aves, que, tan luego notaron su presencia se lanzaron hacia él con gran ruido de alas.

“Sí, ¡ya sé que vais a matarme!” —dijo el pobre animal, y bajó la cabeza hacia la superficie del agua esperando la muerte. Pero, ¡qué es lo que vio en los cristales del lago? Su propia imagen; no era ya el pato deforme, de un gris sucio: era un cisne.

Poco importa haber sido empollado por un ánade, entre los patos, con tal de haber salido de un huevo de cisne; al fin y al cabo, la raza domina.

El joven cisne no sentía ya sus penas y pasados infortunios que le hacían apreciar toda la dulzura de su felicidad actual. Los otros cisnes le rodeaban y lo acariciaban tiernamente con sus picos.

Varios niños llegaron a orillas del estanque y echaron en él pan: el más jovencito exclamó: “¡Hay uno nuevo!”.

—“¡Uno nuevo, uno nuevo!” gritaron los otros y fueron a prevenir a sus padres, y regresaron con golosinas que echaron al agua para el nuevo. “Es el más hermoso de todos, decían. ¡Qué nobleza, qué gracia!”.

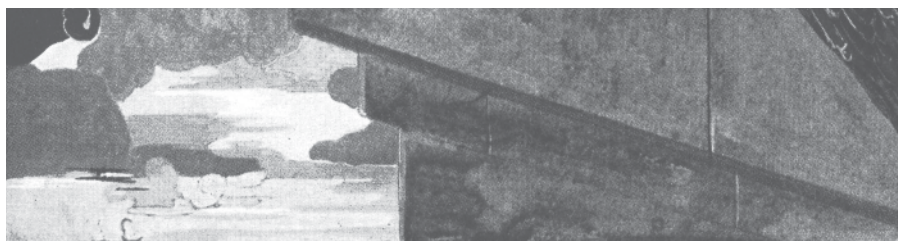
Él, confuso, no sabía lo que hacía, tan encantado se hallaba. En vez de ensoberbecerse como tantos plebeyos medrados, tenía más bien vergüenza y escondía su cabeza bajo el ala. Pensaba en todas las crueles persecuciones que había sufrido, y ahora le decían el más hermoso de aquellas magníficas aves, iba a reinar con ellas en este lago encantador rodeado de deliciosos bosques. Levantó entonces su gracioso y flexible cuello, abrió sus alas que hinchó el blando céfiro y resbaló con elegante abandono por la superficie de las aguas, diciéndose interiormente: “Nunca, cuando era el patito ceniciento, pensé, ni en sueños, con semejante felicidad”.





OSCAR WILDE

# EL PRÍNCIPE FELIZ





## EL PRÍNCIPE FELIZ

**D**ominado la ciudad, sobre una alta columna, se elevaba la estatua del Príncipe Feliz. Era toda dorada, cubierta de ténues hojas de oro fino; tenía, por ojos, dos brillantes zafiros, y un gran rubí rojo centelleaba en el puño de su espada. Todo esto le hacía ser muy admirado.

—Es tan hermoso como una veleta —observaba uno de los concejales de la ciudad, que deseaba granjearse una reputación de hombre de gusto artístico—; sólo que no es tan útil, —añadía, temiendo que le tomasen por hombre poco práctico, lo que realmente no era.

—¿Por qué no eres como el Príncipe Feliz? —preguntaba una madre sentimental a su hijito, que lloraba pidiendo la luna—. Al Príncipe Feliz nunca se le ocurre llorar por nada.

—Me alegro de que haya alguien en el mundo completamente feliz —murmuraba un desengañado, contemplando la maravillosa estatua.

—Tiene todo el aspecto de un ángel —decían los niños del Hospicio al salir de la Catedral, con sus brillantes capas escarlatas y sus limpios delantales blancos.

—¿En qué lo conocéis? —replicaba el profesor de matemáticas. —Nunca visteis ninguno.

—¡Oh, los hemos visto en sueños! —contestaban los niños; y el profesor de matemáticas fruncía el entrecejo y tomaba un aire severo, pues no podía aprobar que los niños soñasen.

Una noche voló sobre la ciudad una pequeña golondrina.

—¿Dónde me hospedaré? —se preguntó—. Espero que habrán hecho preparativos para recibirme.

Entonces vio la estatua sobre su alta columna.

—Voy a guarecerme allí —se dijo—. El lugar es bonito y bien aireado.

Así, fue a posarse justamente entre los pies del Príncipe Feliz.

—Tengo una alcoba dorada —se dijo dulcemente, mirando a su alrededor. Y se dispuso a dormir. Pero no había acabado de esconder la cabeza bajo el ala, cuando le cayó encima una gran gota de agua.

—¡Qué cosa tan rara! —exclamó— No hay una nube en todo el cielo, las estrellas están claras y brillantes, y sin embargo, llueve.

Entonces, cayó otra gota.

—¿Para qué sirve una estatua si no resguarda de la lluvia? —dijo—. Voy a buscar una buena chimenea.

Y decidió llevar su vuelo a otra parte.

Pero, antes de que abriese las alas, cayó una tercera gota; y mirando hacia arriba, vio... ¡Ah, lo que vio!

Los ojos del Príncipe Feliz estaban llenos de lágrimas, y lágrimas corrían por sus doradas mejillas. Tan bello era su rostro, a la luz de la luna, que la golondrina se sintió llena de compasión.

—¿Quién sois? —preguntó.

—Soy el Príncipe Feliz.

—Entonces ¿por qué lloráis? Casi me habéis empapado.

—Cuando estaba en vida y tenía un corazón de hombre —contestó la estatua—, yo no sabía lo que eran las lágrimas, pues vivía en el Palacio de la Despreocupación, donde no se permite la entrada al dolor. Durante el día jugaba con mis compañeros en el jardín, y por la noche bailaba en el gran salón. Alrededor del jardín se elevaba un altísimo muro; pero jamás sentí curiosidad por conocer lo que había tras él: tan hermoso era cuanto me rodeaba. Mis cortesanos me llamaban el Príncipe Feliz, y feliz era en verdad, si el placer es la dicha. Así viví, y así morí. Y ahora que estoy muerto, me han subido tan alto, que puedo ver todas las fealdades y toda la miseria de mi ciudad, y aunque mi corazón sea de plomo, no tengo más remedio que llorar.

—Allá abajo —continuó la estatua con voz queda y musical—, allá abajo, en una callejuela, hay una casuca miserable. Una de las ventanas está abierta, y, a través de ella, veo a una mujer sentada ante una mesa. Su rostro está demacrado y marchito, y sus manos, ásperas y rojizas, están llenas de pinchazos, pues es costurera. Borda pasionarias en un traje de seda que debe lucir en el próximo baile de Palacio la más bella de las damas de la reina. Sobre una cama, en el rincón del aposento, yace su hijito enfermo. Tiene fiebre, y pide naranjas. Su madre

sólo puede darle agua del río; así, que el niño llora. Golondrina, golondrina, golondrinita, ¿querrías llevarle el rubí del puño de mi espada? Mis pies están clavados a este pedestal, y no puedo moverme.

—Me esperan en Egipto —respondió la golondrina.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe—, ¿no te quedarás conmigo una noche, y serás mi mensajera? ¡El niño tiene tanta sed, y la madre está tan triste!

La mirada del Príncipe Feliz era tan triste, que la golondrina se conmovió.

—Hace mucho frío aquí —dijo—; pero me quedaré una noche contigo y seré tu mensajera.

—Gracias, golondrinita —dijo el Príncipe.

Entonces la golondrina arrancó el gran rubí de la espada del Príncipe, y con él en el pico remontó su vuelo por encima de los tejados. Pasó junto a la torre de la Catedral, que tenía ángeles esculpidos en mármol blanco. Pasó junto al Palacio, donde se oía música de danza. Una preciosa muchacha salió al balcón con su novio.

—¡Qué hermosas son las estrellas —dijo él—, y cuán maravilloso es el poder del amor!

—Espero que mi traje estará listo para el baile de gala —replicó ella—. He mandado bordar en él pasionarias. ¡Pero las costureras son tan holgazanas!

Pasó sobre el río, y vio las linternas colgadas de los mástiles de los navíos. Pasó sobre la Judería, y vio a los viejos mercaderes urdiendo negocios y pesando monedas en balanza de cobre. Al fin llegó a la pobre casuca, y miró. El niño se agitaba febrilmente

en su cama, y la madre se había dormido de cansancio. Entonces, la golondrina saltó al cuarto y depositó el gran rubí encima de la mesa, junto al dedal de la costurera. Luego, revoloteó dulcemente alrededor de la cama, abanicando con sus alas la frente del niño.

—¡Qué fresco tan agradable! —dijo el niño—. Debo de estar mejor.

Y cayó en un delicioso sueño.

Entonces la golondrina volvió hacia el Príncipe Feliz, y le contó lo que había hecho.

—Es curioso —añadió—; pero ahora casi tengo calor; y, sin embargo, hace mucho frío.

—Es porque has hecho una buena acción —respondió el Príncipe.

Y la golondrina comenzó a reflexionar, y se durmió.

Al rayar el alba, voló hacia el río a tomar un baño.

—¡Qué extraordinario fenómeno! —exclamó el profesor de biología, que pasaba por el puente —¡Una golondrina en invierno!

—Esta noche partiré para Egipto —decíase la golondrina; y a esta idea, sentíase muy contenta.

Visitó todos los monumentos públicos, y descansó largo rato en el campanario de la iglesia. Los gorriones susurraban a su paso, y se decían unos a otros: “¡Qué extranjera tan distinguida!”, cosa que la llenaba de alegría.

Al salir la luna, volvió hacia el Príncipe Feliz.

—¿Tienes algunos encargos que darme para Egipto? —le gritó—. Voy a partir.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe—, ¿no te quedarás conmigo otra noche?

—Me esperan en Egipto —contestó la golondrina.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe—, allá abajo, al otro lado de la ciudad, veo a un joven en un desván. Está inclinado sobre una mesa cubierta de papeles, y en un vaso, a su lado, se marchita un ramo de violetas. Sus cabellos son castaños y rizados, y sus labios rojos como granos de granada, y sus ojos anchos y soñadores. Se esfuerza en acabar una obra para el director del teatro; pero tiene demasiado frío para seguir escribiendo. No hay fuego en la chimenea, y el hambre le ha extenuado.

—Me quedaré otra noche contigo —dijo la golondrina, que realmente tenía buen corazón—. ¿Hay que llevarle otro rubí?

—¡Ay!, no tengo más rubíes —dijo el Príncipe—. Mis ojos es lo único que me queda, son dos rarísimos zafiros, traídos de la India hace mil años. Arranca uno de ellos y llévaselo. Lo venderá a un joyero, y comprará pan y leña y acabará su obra.

—Querido Príncipe —dijo la golondrina—, yo no puedo hacer eso.

Y se echó a llorar.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe—, haz lo que te pido.

Entonces la golondrina arrancó uno de los ojos del Príncipe, y echó a volar con él hacia el desván del estudiante. No era difícil entrar en él, pues había un agujero en el techo, que aprovechó la golondrina para entrar como una flecha. Tenía el joven la cabeza hundida entre las manos; así que no oyó el rumor

de las alas. Cuando, al fin, levantó los ojos, vio el hermoso zafiro encima de las violetas marchitas y se sintió completamente dichoso.

Al día siguiente, la golondrina voló hacia el puerto. Se posó sobre el mástil de un gran navío, y se estuvo mirando a los marineros, que subían con cuerdas unas enormes cajas de la cala.

—¡Me voy a Egipto! —les gritó la golondrina. Pero nadie le hacía caso.

Al salir la luna, volvió hacia el Príncipe Feliz.

—Vengo a decirte adiós —le dijo.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe—, ¿no te quedarás conmigo otra noche?

—Es invierno —contestó la golondrina—, y pronto llegará la nieve helada. En Egipto, el sol calienta sobre las palmeras verdes, y los cocodrilos, echados entre el fango, miran en torno suyo.

Allá abajo, en la plaza —dijo el Príncipe Feliz—, hay una niña que vende cerillas. Se le han caído las cerillas en el barro, y se han echado a perder. Su padre le pegará si no lleva algún dinero a casa, y por eso llora. No lleva zapatos ni medias, y su cabecita va sin nada. Arranca mi otro ojo y dáselo, y su padre no le pegará.

—Pasaré otra noche contigo —dijo la golondrina—; pero no puedo arrancarte el otro ojo. Te quedarías ciego del todo.

—Golondrina, golondrina, golondrinita —dijo el Príncipe—, haz lo que te pido.

Entonces, la golondrina arrancó el otro ojo del Príncipe, y echó a volar con él. Posándose sobre el hombro de la niña, deslizó la joya en sus manos.



—¡Qué trozo de cristal tan bonito! —exclamó la niña. Y corrió hacia su casa, riendo.

Entonces, la golondrina volvió hacia el Príncipe.

—Ahora que estás ciego —dijo—, me quedaré a tu lado para siempre.

—No, golondrinita —dijo el pobre Príncipe—; tienes que ir a Egipto.

—Me quedaré a tu lado para siempre —repitió la golondrina. Y se durmió entre los pies del Príncipe.

Al día siguiente, se posó sobre el hombro del Príncipe, y le contó lo que había visto en países extraños.

—Querida golondrinita —dijo el Príncipe—, me cuentas cosas maravillosas; pero más maravilloso es todavía lo que sufren los hombres. No hay misterio tan grande como la miseria. Vuela por mi ciudad, golondrinita, y cuéntame lo que veas.

Entonces la golondrina voló por la gran ciudad, y vio a los ricos que se regocijaban en sus palacios soberbios, mientras los mendigos estaban sentados a sus puertas. Voló por las callejuelas sombrías, y vio los rostros pálidos de los niños que mueren de hambre, mientras miran con indiferencia las calles negras. Bajo los arcos de un puente había dos chiquillos acostados, uno en brazos del otro, para darse calor.

—¡Qué hambre tenemos! —decían.

—¡Largo de ahí! —les gritó un guardia; y tuvieron que alejarse bajo la lluvia.

Entonces la golondrina volvió hacia el Príncipe, y le contó lo que había visto.

—Estoy cubierto de oro fino —dijo el Príncipe—; despréndelo hoja por hoja, y dáselo a mis pobres. Los hombres creen siempre que el oro puede darles la dicha.

Hoja a hoja arrancó la golondrina el oro fino, hasta que el Príncipe Feliz no tuvo ya ni brillo ni belleza. Hoja a hoja distribuyó el oro fino entre los pobres; y los rostros de los niños se pusieron sonrosados, y los niños rieron y jugaron por las calles.

—¡Ya tenemos pan! —gritaban.

Entonces vino la nieve, y después de la nieve el hielo. Las calles parecían de plata, de tal modo brillaban. Todo el mundo se cubría con pieles y los niños llevaban gorros encarnados, y patinaban sobre el hielo.

La pobre golondrina tenía frío, cada vez más frío; pero no quería abandonar al Príncipe; le amaba demasiado. Picoteaba las migajas a la puerta del panadero, cuando éste no la veía e intentaba calentarse batiendo las alas.

Pero, al fin, comprendió que iba a morir. Tuvo aún fuerzas para volar hasta el hombro del Príncipe.

—¡Adiós, querido Príncipe! —murmuró—. ¿Me permites que te bese la mano?

—Me alegro de que al fin te vayas a Egipto, golondrinita —dijo el Príncipe—. Demasiado tiempo has estado aquí.

—No es a Egipto a donde voy —contestó la golondrina—. Voy a casa de la Muerte. La Muerte es hermana del Sueño, ¿verdad?

Y besó al Príncipe Feliz en los labios, y cayó muerta a sus pies.

En el mismo instante resonó un singular crujido en el interior de la estatua, como si algo se hubiese roto en ella. El caso es que el corazón de plomo se había partido en dos. Indudablemente hacía un frío terrible.

A la mañana siguiente paseaba el alcalde por la plaza, con los concejales de la ciudad.

Al pasar al lado de la columna, levantó los ojos hacia la estatua.

—¡Caramba —dijo—, qué aspecto tan desarrapado tiene el Príncipe Feliz!

—¡Completamente desarrapado! —repitieron los concejales, que eran siempre de la opinión del alcalde; y subieron todos para examinarlo.

—El rubí de la espada se ha caído, los ojos desaparecieron, y ya no es dorado —dijo el alcalde—. En una palabra: un pordiosero.

—¡Un pordiosero! —hicieron eco los concejales.

—Y a sus pies hay un pájaro muerto —prosiguió el alcalde—. Será preciso derribar la estatua del Príncipe Feliz.

Cuando la derribaron, arrojaron el corazón de plomo al basurero en que yacía la golondrina muerta.

—Tráeme las dos cosas más preciosas de la ciudad —dijo Dios a uno de sus ángeles.

Y el ángel le trajo el corazón de plomo y el pájaro muerto.

—Has elegido bien —dijo Dios—; pues en mi jardín del paraíso esta avecilla cantará eternamente, y en mi ciudad de oro el Príncipe Feliz repetirá mis alabanzas.



# ÍNDICE

## ESTAS LECTURAS

LA FLECHA EN EL BLANCO   DANNER GONZÁLEZ.....	7
---	---

## TEXTOS PREVIOS

LECTURAS PARA ENCENDER LA IMAGINACIÓN   DANNER GONZÁLEZ.....	13
A GUIA DE PRÓLOGO HARÉ LA HISTORIA DE ESTE LIBRO   JOSÉ VASCONCELOS.....	17
RAZONES PARA LA PRESENTE PUBLICACIÓN   BERNARDO J. GASTÉLUM.....	25

## CUENTOS DE TOLSTÓI

EN DONDE ESTÁ EL AMOR, ALLÍ ESTÁ DIOS   LEÓN TOLSTÓI.....	31
EN DONDE ESTÁ EL AMOR, ALLÍ ESTÁ DIOS.....	33
LOS MELOCOTONES   LEÓN TOLSTÓI.....	51
LOS MELOCOTONES.....	53
TRES PREGUNTAS   LEÓN TOLSTÓI.....	57
TRES PREGUNTAS.....	59
EL PERRO MUERTO   LEÓN TOLSTÓI.....	65
EL PERRO MUERTO.....	67

## CUENTOS CÉLEBRES

LA BELLA DURMIENTE   (VERSIÓN POÉTICA DE GABRIELA MISTRAL AL CUENTO DE PERRAULT).....	71
LA BELLA DURMIENTE.....	73
LA PRINCESA DE LOS CABELLOS DE ORO   ANÓNIMO.....	83
LA PRINCESA DE LOS CABELLOS DE ORO.....	85
PULGARCITO   HERMANOS GRIMM.....	103
PULGARCITO.....	105
EL PATITO FE0   HANS CHRISTIAN ANDERSEN.....	115
EL PATITO FE0.....	117
EL PRÍNCIPE FELIZ   OSCAR WILDE.....	129
EL PRÍNCIPE FELIZ.....	131

# LECTURAS CLÁSICAS

## CUENTOS DE TOLSTÓI CUENTOS CÉLEBRES

se terminó en la Ciudad de México durante el mes de agosto del año 2014. La edición impresa sobre papel de fabricación ecológica con *bulq* a 80 gramos, estuvo al cuidado de la oficina litotipográfica de la casa editora.





ISBN 978-607-401-845-5 OBRA COMPLETA

ISBN 978-607-401-848-6 TOMO IV

Toda historia está hecha de relatos y por su particular manera de analizar e interpretar lo humano, entre los mejores contadores de relatos, destacan los rusos. Estas *Lecturas Clásicas* recogen los “Cuentos de Tolstói” que quizá, más cerca están de su ser profético que de su portento narrativo. Tolstói es, con mucho, el más grande de los narradores rusos. Aquí da cuenta de sus preocupaciones morales y de sus creencias religiosas. El lector advertirá, en cuentos como: “En donde está el amor, allí está Dios”, “Los melocotones”, “Tres preguntas” o “El perro muerto”, la voz paternal del narrador, reflexionando en historias sencillas sobre los temas de la bondad y el amor de Cristo.

En los “Cuentos célebres” se recogen algunas de las más famosas narraciones germanas de los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm, del danés Hans Christian Andersen, del irlandés Óscar Wilde y una versión poética de “La bella durmiente”, del francés del siglo xvii, Charles Perrault, escrita por la chilena Gabriela Mistral.

Quien busque aquí enseñanzas morales las hallará. Quien acuda al texto por el placer del texto mismo, saldrá igualmente complacido. En ese sentido, este volumen es un libro didáctico y más allá de ello, su lectura es para el goce de los sentidos, para la interiorización de los pensamientos y para confirmar que aquello que ha sido narrado, habrá de perdurar.

DG

LECTURAS



LITERATURA